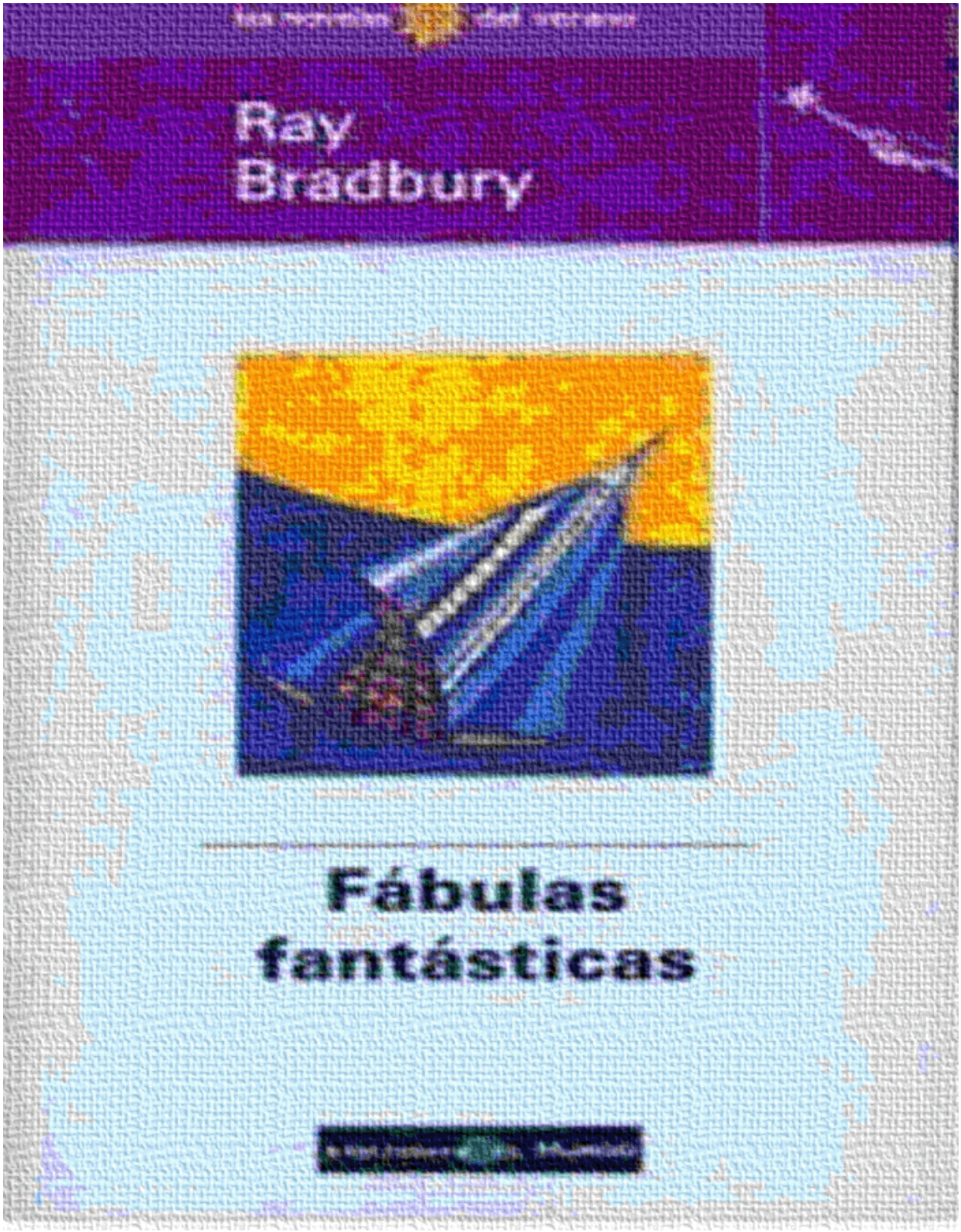
Fábulas Fantásticas

Ray Bradbury



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

El Siguiente En La Fila

Era una pequeña caricatura de una plaza de pueblo. Había allí estos ingredientes frescos: la caja de bombones de un kiosco donde estallaba la música las noches de los jueves y los domingos; unos hermosos bancos de bronce y cobre patinados de verde con volutas y flores; hermosos senderos de mosaicos rosados y azules -azules como ojos de mujer recién pintados, rosados como maravillas ocultas de mujer-, y hermosos árboles podados y recortados en forma de caja de sombreros. Todo, desde la ventana del hotel, tenía la fresca amabilidad y la fantasía increíble que uno hubiera esperado encontrar en una villa francesa de fines de siglo. Pero no, esto era México, y ésta era una plaza en un pueblecito colonial mexicano, con un hermoso Teatro Municipal de la ópera, donde se exhibían películas a dos pesos la entrada: Rasputín y la emperatriz, La casona, Madame Curie, Aventura de amor, Los papás enamorados.

Joseph salió al balcón, donde ardía el sol de la mañana, y se arrodilló junto a la balaustrada de hierro, apuntando con la cámara Brownie. Detrás, en el baño, coi-ría el agua, y se oyó la voz de Marie:

-¿Qué estás haciendo?

-... una fotografía -murmuró Joseph.

Marie preguntó de nuevo. Joseph apretó el obturador, se incorporó, movió el carrete, con los ojos entornados, y dijo:

-Tomando una fotografía de la plaza. Dios, cómogritaban esos hombres anoche. No me dormí hasta las dos y media. Tendríamos que haber venido un día de reunión del Rotary.

-¿Cuáles son los planes para hoy?

-Iremos a ver las momias.

-Oh -dijo Marie.

Hubo un largo silencio.

Joseph entró, con la cámara colgando, y encendió un cigarrillo.

-Iré a verlas solo -dijo Joseph-, si no tienes ganas.

-No -dijo Marie, con una voz no muy firme-. Iré contigo. Pero espero que lo olvidemos pronto. Es un pueblecito tan encantador...

-¡Mira! -dijo Joseph, advirtiendo de reojo un movimiento. Corrió al balcón, y se quedó allí con el cigarrillo humeante, olvidado entre los dedos-. ¡Ven rápido, Marie!

-Me estoy secando -dijo Marie.

-Por favor, apresúrate -dijo Joseph, fascinado, mirando la calle.

Hubo un movimiento detrás de él, y luego un olor a jabón, agua, piel, toalla húmeda y agua de colonia. Marie estaba en el balcón.

-No te muevas -le dijo a Joseph-. Así podré mirar sin exhibirme. Estoy desnuda. ¿Qué pasa?

-¡Mira! -gritó Joseph,

Una procesión remontaba la calle. Un hombre iba adelante, con un bulto en la cabeza. Detrás venían mujeres envueltas en rebozos negros, mordiendo naranjas y escupiendo las cáscaras a la calle; junto a las mujeres, unos niños; adelante, hombres. Algunos mascaban caña de azúcar, mordiendo la corteza y arrancándola luego en largas tiras y chupando la pulpa suculenta y los jugos. Eran en total cincuenta personas.

-Joe -dijo Marie detrás de Joseph, tomándolo por el brazo.

No era un bulto común lo que llevaba sobre la cabeza el primer hombre de la procesión, en delicado equilibrio, como una pluma de pollo. El bulto estaba cubierto con una seda

plateada, y tenía flecos de plata y rosetas de plata. Y el hombre lo sostenía cuidadosamente con una mano morena, balanceando la mano libre.

La procesión era un funeral y el bulto era un ataúd.

Joseph miró de reojo a su mujer.

Marie tenía el color de la leche fresca. Había perdido el color rosado del baño. El corazón se le había hundido en algún vacío secreto. Se apoyaba con fuerza en el marco de la puertaventana, y miraba a la gente que subía por la calle, miraba cómo comían fruta, oía cómo hablaban tranquilamente entre ellos y reían. Olvidó que estaba desnuda,

-Un niño o una niña que se ha ido a un mundo mejor -dijo Joseph,

-¿Adónde la llevan?

Marie no se sorprendió por esa elección del pronombre femenino. Se había identificado ya con el cuerpo minúsculo, envuelto como una fruta verde. Ahora, en este momento, la llevaban loma arriba en una cerrada oscuridad, como un hueso en un melocotón, y la niña, callada y aterrorizada, sentía las manos del padre en el exterior del ataúd, suave, silencioso y firme adentro.

-Al cementerio, naturalmente. Ahí la llevan -dijo Joseph mientras el humo del cigarrillo le nublaba los ojos como un filtro.

-No el cementerio.

-Sólo hay un cementerio en estos pueblos, lo sabes bien, y hacen todo de prisa. Esa niña ha muerto hace sólo quizás unas pocas horas.

-Unas pocas horas...

Marie se volvió, ridícula, desnuda, sosteniendo apenas la toalla con las manos débiles. Caminó hacia la cama.

-Hace unas pocas horas estaba viva, y ahora...

-Ahora corren loma arriba -continuó Joseph-. Este clima no es bueno para los muertos. Hace calor, y no hay embalsamadores. Tienen que terminar todo en seguida.

-Pero no ese cementerio, ese sitio horrible -dijo Marie con una voz que parecía venir de un sueño.

-Oh, las momias -dijo Joseph-. No permitas que eso te obsesione.

Marie se sentó en la cama, golpeando una y otra vez la toalla que le cubría el regazo. Miraba hacia adelante; los ojos ciegos como los pezones oscuros. No lo veía a Joseph, ni veía tampoco el cuarto. Sabía que si él castañeteaba los dedos o tosía, ella ni siquiera levantaría la cabeza.

-Comían fruta en ese funeral y se reían -dijo

-Es una larga cuesta hasta el cementerio.

Marie se estremeció, convulsivamente, como un pez que trata de librarse de un anzuelo. Se tendió en la cama y Joseph la miró como alguien que examina -en una actitud crítica, tranquila y despreocupadauna mediocre escultura. Marie se preguntó ociosamente hasta qué punto las manos de Joseph habían intervenido en el ensanchamiento, el achatamiento y los cambios del cuerpo de ella. Éste, por cierto, no era el cuerpo con el que había empezado Joseph, Ya no era posible modificarlo ahora. Como una arcilla que el escultor ha humedecido descuidadamente, ya no podía tomar otra forma. Para modelar la arcilla uno la calienta con las manos, evapora la humedad con calor. Pero el hermoso verano había quedado atrás para ellos. Ya no había calor que pudiera absorber la humedad de los años que ahora le pesaban a ella en los pechos y el cuerpo. Cuando el calor desaparece, es maravilloso e inquietante descubrir con qué rapidez una vasija acumula en las células el agua destructora.

-No me siento bien -dijo, echada en la cama, pensando-. No me siento bien -repitió, pues Joseph no había respondido. Al cabo de uno o dos minutos se incorporó-. No nos quedemos aquí otra noche, Joe.

-Pero es un pueblo maravilloso.

-Sí, pero no nos queda nada por ver. -Marie se puso de pie. Sabía ya lo que vendría. Buen humor, alegría, ánimo, todo falso y esperanzado-. Podemos ir a Patzcuaro. En seguida. No tienes por qué ocuparte de las maletas. Yo me encargaría de todo, querido. Conseguiríamos fácilmente un cuarto en el Don Posada. Dicen que es un pueblo hermoso...

-Éste -dijo Joseph- es un pueblo hermoso.

-Las buganvillas crecen cubriendo los edificios...

-Éstas -Joseph señaló unas flores en la ventana- son buganvillas.

-... y podremos pescar, a ti te gusta pescar -dijo Marie, rápidamente-. Y yo podría pescar también, aprendería, sí. ¡Siempre quise aprender! Y dicen que los indios tarascos de allí son casi de facciones mongólicas, y apenas hablan español, y de Patzcuaro podríamos ir a Paracutin, cerca de Uruapan, y ahí hay unas cajas de laca hermosísimas. Oh, sería muy divertido, Joe. Haré las maletas. Tú no te molestes, yo...

Marie corrió hacia el baño y Joseph la detuvo:

-Marie.

-¿Sí?

-¿No dijiste que no te sentías bien?

-Es cierto, es cierto. Pero pensando en todos esos sitios encantadores...

-No hemos visto ni una décima parte de este pue blo -explicó Joseph pacientemente-. En la loma hay una estatua de Morelos. Quiero sacarle una foto. Y también a las casas francesas de los barrios altos... Hemos viajado quinientos kilómetros y hace apenas un día que estamos aquí y ya quienes ir a otra parte. Ya he pagado el hotel por otro día...

-Puedes pedir que te devuelvan el dinero.

-Jor qué quieres irte? -dijo Joseph mirándola con una simplicidad atenta-. ¿No te gusta el pueblo?

-Lo adoro -dijo Marie, las mejillas bancas, sonriendo-. Es tan verde y hermoso...

-Bueno -dijo Joseph-, entonces pasaremos aquí otra noche. Te gustará. Está decidido.

'Marie empezó a hablar.

-¿Sí? -preguntó Joseph.

-Nada.

Marie cerró la puerta del cuarto de baño. Buscó rápidamente el botiquín y echó agua en un vaso. Necesitaba tomar algo para el estómago.

Joseph se acercó a la puerta.

-Oye, Marie, no te preocupan las momias, ¿no es cierto?

-Nooo.

-¿El funeral entonces?

-Nooo-nooo.

-Porque si tienes miedo realmente, hacemos en seguida las maletas, ¿eh, querida?

Joseph esperó.

-No, no tengo miedo.

-Bravo -dijo Joseph.

Una pared de adobe rodeaba el cementerio, y en las cuatro esquinas unos angelitos se cernían desplegando unas alas de piedra, y en las cabezas torvas llevaban unas gorras de excrementos de pájaros, y en las manos tenían unos amuletos de la misma sustancia, y las caras eran indiscutiblemente pecosas.

A la luz del sol, cálida y tersa, y que era como un no insondable, inmóvil, Joseph y Marie subieron por la loma, arrastrando unas sombras oblicuas y azules. Ayudándose, llegaron hasta la entrada del cementerio, tiraron de la puerta española de hierro azul, y entraron.

Habían pasado unos pocos días desde la fiesta del Día de los Muertos, y unas cintas e hilachas de tela y cordones centelleantes colgaban como pelos de pesadilla de las estatuas de piedra, de los pulidos crucifijos labrados a mano, y de las tumbas que se alzaban sobre el suelo como marmóreas cajas de joyas. Había, estatuas en actitudes angélicas, de pie sobre montículos de grava, y unas piedras muy trabajadas, altas como hombres, que derramaban ángeles por los cuatro costados, y tumbas tan grandes y ridículas como camas puestas a secar al sol luego de algún accidente nocturno. Y en los cuatro muros del cementerio, metidos en bocas y nichos cuadrados, había ataúdes, detrás de planchas de mármol y yeso, y unos nombres grabados encima, y sobre los nombres colgaban unas grandes imágenes de latón, retratos baratos de los muertos tapiados. Pegados de cualquier modo a los distintos retratos había adminículos que los muertos habían amado en vida: talismanes de plata; cuerpos, piernas y brazos de plata; copas de plata, perros de plata, medallones religiosos de plata, trozos de crespón rojo y cintas azules. En algunos sitios unas láminas de latón mostraban a los muertos que subían al cielo en brazos de ángeles pintados al óleo.

Mirando otra vez las tumbas, vieron los restos de la fiesta de la muerte. Las bolitas de sebo que las velas habían derramado sobre las piedras, los capullos marchitos de las orquídeas que yacían en las piedras lechosas como tarántulas aplastadas de color rojo purpúreo, algunas parecidas a órganos sexuales, fláccidos y marchitos. Había arcos de hojas de cactos, bambúes, cañas, ipomeas silvestres, muertas. Había también círculos de gardenias, y pimpollos secos de buganvillas. Todo el suelo del cementerio parecía un salón de baile luego de una danza frenética, que los participantes habían interrumpido de pronto. A un lado las mesas con confeti, cirios, cintas y sueños abandonados.

Marie y Joseph se quedaron allí un rato, inmóviles, en el recinto caluroso y callado, entre las piedras y los cuatro muros. En un rincón lejano un hombrecito de pómulos altos, cara lechosa de ascendencia española, lentes gruesos, sombrero gris, pantalones arrugados y grises, y zapatos de lazo, se movía entre las piedras examinando el trabajo que otro hombre de mameluco hacía en una tumba, con una pala. El hombrecito de anteojos llevaba un periódico doblado bajo el brazo izquierdo y tenía las manos en los bolsillos.

-¡Buenos días, señora, señor! -dijo cuando al fin vio a Joseph y Marie, y fue hacia ellos.

-¿Es éste el sitio donde están las momias? -preguntó Joseph-. Hay momias, ¿no es cierto?

-Sí, las momias -dijo el hombre-. Las hay, y están aquí, en las catacumbas.

-Por favor -dijo Joseph-. Yo quiero ver las momias, ¿sí?

-Sí, señor

-Mi español es mucho estúpido, es muy malo –se disculpó Joseph.

-No, no, señor. Habla usted bien. Por aquí, por favor.

Los llevó entre las estatuas con flores hasta una sepultura escondida a la sombra de la pared. Era una tumba grande y chata, enrojecida por la grava, con una puerta trampa de madera, suelta en los goznes. La puerta yacía apartada a un lado y se veía un agujero redondo y unos escalones que se hundían en la tierra.

Antes que Joseph pudiera moverse' Marie ya había puesto el pie en el primer escalón.

-Un momento -dijo Joseph-, yo primero.

-No, está bien -dijo Marie, y descendió por la espiral cada vez más oscura, hasta que al fin desapareció.

Pisaba con cuidado, pues en los escalones apenas cabía el pie de un niño. La oscuridad aumentaba gradualmente, y Marie oía detrás los pasos del guardián. La luz volvió de pronto. Habían llegado a un vestíbulo de paredes blancas a media docena de metros bajo el nivel del suelo, iluminado por unas pocas ventanas góticas que se abrían en el cielo raso abovedado. El vestíbulo tenía cincuenta metros de largo y terminaba a la izquierda en una puerta doble de vidrios rectangulares, y allí un letrero advertía: PROHIBIDA LA ENTRADA. En el extremo derecho del vestíbulo se amontonaban unos palos blancos y unas piedras redondas también blancas.

-Los soldados que lucharon por el padre Morelos -dijo el guardián.

Se acercaron. Los huesos estaban puestos ordenadamente unos sobre otros, y en la cima había un montón de mil calaveras secas.

-Las calaveras y los huesos no me impresionan -dijo Marie-. No tienen nada de humano. No me asustan. Son como cosas de insectos. Si un niño creciera sin saber que tiene un esqueleto, los huesos no significarían nada para él, ¿no es así? A mí me pasa lo mismo. Esto ha perdido todo lo humano. No se los reconoce y por eso mismo no son horribles. Para que algo sea horrible tiene que haber sufrido un cambio que uno pueda reconocer. No hay cambios aquí. Son todavía esqueletos, lo que fueron siempre. La parte que cambió ha desaparecido, y no queda ninguna señal. ¿No es interesante?

Joseph asintió con un movimiento de cabeza.

Marie cobró ánimo.

-Bueno -dijo-, veamos las momias.

-Aquí, señora -dijo el guardián.

Los llevó al otro extremo del vestíbulo y cuando Joseph le dio un peso abrió el candado que cerraba las puertas de vidrio y las abrió de par en par, y Marie e y Joseph descubrieron una sala todavía más grande, sombría, donde estaba la gente.

La gente esperaba adentro en una larga fila bajo el techo abovedado. Había cincuenta y cinco apoyados en la pared de la derecha, y otros cincuenta y cinco apoyados en la pared de la izquierda, y cinco en la pared del fondo.

-¡Señor Interlocutor! -dijo Joseph, vivamente.

No parecían nada más que las estructuras preliminares de un escultor: el marco de alambre, los primeros tendones de arcilla, los músculos y una delgada laca de piel. Estaban sin terminar, los ciento quince.

Tenían el color del pergamino, y parecía que la piel había sido puesta a secar, extendida de hueso a hueso. Los cuerpos estaban intactos, y sólo habían perdido los humores acuosos.

-El clima -dijo el guardián-. Los preserva. Muy seco.

-¿Cuánto hace que están aquí? -preguntó Joseph.

-Algunos un año, otros cinco, señor, otros diez, 0 setenta.

Hubo un desconcierto horrorizado. Uno miraba al primer hombre de la derecha, colgado de la pared, sostenido con un alambre, y molestaba mirarlo, y entonces uno se volvía hacia la mujer de al lado, que no parecía una persona real, y luego hacia un hombre que era horrible, y luego hacia una mujer que estaba muy triste por haber muerto y encontrarse en un sitio semejante.

-¿Qué hacen aquí? -preguntó Joseph.

-Los parientes no pagan el alquiler de las tumbas.

-¿Hay un alquiler?

-Sí, señor. Veinte pesos al año. 0, para un enterramiento permanente, ciento setenta pesos. Pero nuestra gente es muy pobre, como usted debe de saber, y ciento setenta pesos es más de lo que muchos pueden ganar en un año. De modo que traen a sus muertos y los entierran por un año y pagan los veinte pesos, con la buena intención de seguir pagando todos los años, pero todos los años luego de ese primer año tienen que comprar un burro o hay una boca nueva que alimentar, o quizá tres nuevas bocas, y los muertos, después de todo, no tienen hambre, y los muertos, después de todo, no tiran de los arados; o hay una mujer nueva, o un techo que necesita un arreglo, y los muertos, recuerde usted, no se acuestan con un hombre y los muertos, como usted entiende, no tapan goteras, y por todo eso no pagan el alquiler de los muertos.

-¿Qué ocurre entonces? ¿Escuchas, Marie?

Marie contaba los cadáveres. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho.

-¿Qué? -preguntó en voz baja.

-¿Escuchas?

-Sí, creo que sí. ¡Oh, sí! Estoy escuchando.

Ocho, nueve, diez, once, doce, trece.

-Bueno, entonces -dijo el hombrecito-, llamo a un trabajador al terminar el primer año y el hombre cava y cava. ¿Cuánto cree usted que cavamos, señor?

-Dos metros, es lo que se acostumbra.

-Ah, no. Ah, no. Se equivoca usted, señor. Como sabemos que al cumplirse el primer año es muy posible que no paguen el alquiler, enterramos a los más pobres a medio metro. Menos trabajo, ¿entiende usted? Por supuesto, todo depende de la familia dueña del cadáver. A algunos los enterramos a un metro, a otros a un metro y medio y a algunos a dos metros, de acuerdo con el dinero que tenga la familia, cuando es posible que no haya que sacarlo de la tumba un año después. Y permítame decirle, señor, cuando enterramos a un hombre a dos metros estamos muy seguros de que se quedará ahí. Nunca hemos desenterrado hasta ahora a un hombre que estaba a dos metros. Sí, sabemos cuánto dinero tiene la gente.

Veintiuno, veintidós, veintitrés. Los labios de Marie se movían en un leve susurro.

-Y los cuerpos desenterrados son puestos aquí contra la pared, junto con los otros compañeros.

-¿Los parientes saben que están aquí?

-Sí. -El hombrecito señaló con el dedo-. Ése, ¿ve usted?, es nuevo. Está aquí desde no hace más de un año. Los padres saben que está aquí. Pero ¿tienen dinero? Ah, no.

-¿No es horrible para los padres?

-Nunca lo piensan -dijo el hombrecito, muy serio.

-¿Oíste eso, Marie?

-¿Qué? -Treinta, treinta y uno, treinta y dos, treinta y tres, treinta y cuatro-. Sí. Nunca lo piensan.

-¿Y qué pasa si luego pagan el alquiler?

-Bueno -dijo el guardián-, lo enterramos otra vez por tantos años según sea la suma pagada.

-Parece un chantaje -dijo Joseph.

El hombrecito se encogió de hombros, con las manos en los bolsillos.

-Tenemos que vivir.

-Pero ustedes están seguros de que nadie pagará los ciento setenta pesos de una vez -dijo Joseph-. De ese modo les sacan veinte pesos, año tras año, quizá durante treinta años. Si no pagan, los amenazan con traer la mamacita o el niño a la catacumba.

-Tenemos que vivir -dijo el hombrecito.

Cincuenta y uno, cincuenta y dos, cincuenta y tres.

Marie contó desde el centro del corredor largo; había muertos apoyados en todos los muros.

Los muertos gritaban.

Parecía como si hubiesen saltado, saliendo muy tiesos de las tumbas, apretándose con las manos los pechos encogidos, y gritaban ahora, y en las mandíbulas desencajadas asomaban las lenguas.

Y así habían quedado para siempre.

Todos tenían las bocas abiertas. Era un grito que no cesaba nunca. Estaban muertos y lo sabían. Las fibras resecas y los órganos consumidos lo sabían.

Marie escuchó un rato los gritos.

Dicen que los perros perciben sonidos que los humanos no oyen nunca, de muchos decibelios por encima de los sonidos normales.

Había muchos gritos en el corredor. Gritos que salían de unas bocas abiertas por el miedo, y de unas lenguas secas, gritos que nadie oía porque eran demasiado altos.

Joseph se acercó a uno de los cuerpos en pie.

-Diga «ah» -dijo.

Sesenta y cinco, sesenta y seis, sesenta y siete, contó Marie, entre los gritos de los muertos.

-Aquí hay uno interesante -dijo el propietario.

Vieron una mujer con los brazos levantados, la boca abierta, los dientes intactos, el pelo desordenado y florecido, largo y brillante. Los ojos eran unos huevecitos celestes en el cráneo.

-Pasa a veces. Esta mujer es una cataléptica. Un día cae al suelo, pero no está muerta de veras, pues muy adentro el pequeño tambor del corazón golpea, tan débil que nadie lo oye. De modo que la enterraron en el cementerio en un hermoso cajón...

-¿No sabían que era cataléptica?

-Las hermanas lo sabían. Pero pensaron que esta vez había muerto al fin. Y en este pueblo caluroso los funerales son siempre breves.

-¿La enterraron pocas horas después?

-Sí, lo mismo. Todo esto, tal como la ven, no se habría sabido nunca si las hermanas no se hubieran negado a pagar la renta, un año más tarde. Necesitaban el dinero para otras cosas. De modo que cavamos con mucho cuidado y llevamos arriba el ataúd y sacamos la tapa y la pusimos a un lado y miramos...

Marie clavó los ojos.

Esta mujer había despertado bajo la tierra. Había clavado las uñas en la tapa, había gritado, golpeando con los puños, y había muerto sofocada, en esta actitud con las manos sobre la cara jadeante, los ojos horrorizados, despeinada.

-Note, señor, la diferencia entre las manos de esta mujer y las de las otras -dijo el encargado-. Los dedos de los otros se apoyan pacíficamente en las caderas, tranquilos como rositas. ¿Los de esta mujer? Ah, crispados, retorcidos, como si golpearan queriendo levantar la tapa.

-¿No puede ser la causa el rigor mortis?

-Créame, señor, el rigor mortis no golpea tapas. El rigor mortis no grita de este modo, no se retuerce ni trata de arrancar clavos, señor, ni aparta tablas buscando aire. Todos los otros tienen la boca abierta, sí, porque no se les inyectó el fluido para embalsamarlos; gritan, pero es sólo un grito de los músculos. Esta señorita, en cambio, ha tenido una muerte horrible.

Marie caminó, arrastrando los pies, volviéndose primero a este lado, y luego a otro. Cuerpos desnudos. Las ropas se habían desvanecido mucho tiempo antes. Los pechos de la mujer gorda eran bollos de levadura reseca, abandonados en el polvo. Las ingles del hombre eran orquídeas sumidas y marchitas.

-El señor Mueca y el señor Bostezo -dijo Joseph.

Apuntó la cámara a dos hombres que parecían estar conversando: las bocas en medio de una frase, las manos gesticulantes y duras -en una charla desaparecida hacía tiempo.

Joseph disparó el obturador, movió la película, enfocó la cámara a otro cuerpo, disparó el obturador, movió la película, se volvió hacia otro cuerpo.

Ochenta y uno, ochenta y dos, ochenta y tres. Mandíbulas caídas, lenguas que asoman como lenguas de niños burlones, ojos de color castaño pálido en órbitas secas, cabellos encerados y endurecidos por la luz del sol, afilados como púas, clavados entre los labios, las mejillas, los párpados, la frente. Pequeñas barbas en los mentones y en los pechos y en los vientres. Carne como parches de tambor y manuscritos y masa de pan encrespada. Las mujeres, deformadas figuras de sebo, fundidas en la muerte, de cabellos disparatados, como nidos hechos, deshechos y rehechos. Los dientes, todos sanos, todos hermosos, todos perfectos, en las mandíbulas. Ochenta y seis, ochenta y siete, ochenta y ocho. Los ojos de Marie se movieron rápidamente. A lo largo del corredor, revoloteando. Contando, apresurándose, no deteniéndose ¡nunca. ¡Adelante! ¡Rápido! ¡Noventa y uno, noventa y ¡dos, noventa y tres! Ahí un hombre, el estómago abierto como un árbol hueco donde se dejan las caritas de amor cuando uno tiene once años. Los ojos ,de Marie entraron en el espacio abierto bajo las costillas. Marie espió. La espina dorsal, los huesos de la pelvis. El resto era tendones, pergamino, hueso, ojo, mandíbula barbada, oreja, nariz tapada. Y el ombligo carcomido, como el molde de un budín. ¡Noventa y siete, noventa y ocho! ¡Nombres, lugares, fechas, cosas!

-¡Esta mujer murió de partol

Como una muñequita hambrienta, la niña nacida prematuramente colgaba de unos alambres en la cintura de la mujer.

-Éste era soldado. Todavía tiene parte del un¡forme...

Los ojos de Marie tropezaron con la pared más lejana después de pasar de un horror a otro, adelantándose y retrocediendo, de cráneo a cráneo, saltando de costilla en costilla, mirando con hipnotizada fascinación los ijares paralizados, descarnados, inertes, los hombres transformados en mujeres por obra de la evaporación, las mujeres transformadas en cerdas de ubres crecidas. El terrible rebote de la visión, que aumentaba y aumentaba, tomando ímpetu de un pecho hinchado a una boca torcida, de muro a muro, de muro a muro, otra vez, otra vez, como una pelota arrojada en un juego, recogida por unos dientes increíbles, escupida en una corriente que cruzaba el corredor y alcanzada luego por unas garras, alojada entre unos pechos flacos, y todo el coro de pie cantando invisiblemente, y animando el juego, el juego disparatado de la vista que retrocedía, rebotaba, con repetido movimiento de lanzadera a lo largo de la procesión inconcebible, a través de una sucesión de horrores erectos que terminaba al fin y de una vez por todas cuando la visión chocaba en el extremo del corredor y todos daban un último grito.

Marie se volvió y miró el otro extremo, donde los escalones subían en espiral a la luz del día. Qué talentosa era la muerte. Cuántas expresiones y movimientos de la mano, la cara, el cuerpo, que no se repetían nunca. Los muertos se alzaban como los tubos desnudos de un vasto órgano arruinado, de bocas frenéticas. Y ahora la mano de la locura descendía sobre

todas las teclas a la vez, y el órgano emitía un grito interminable, por un centenar de gargantas.

Un clic de la cámara y Joseph enrolló la película. Un clic de la cámara y Joseph enrolló la película.

Moreno, Morelos, Cantino, Gómez, Gutiérrez, Villanosul, Ureta, Lincón, Navarro, Iturbe; Jorge, Filomena, Nena, Manuel, José, Tomás, Ramona. Este hombre caminaba y este hombre cantaba y este hombre tenía tres mujeres, y este hombre murió de esto, y aquél de aquello, y el tercero de otra cosa, y el cuarto fue fusilado, y el quinto fue apuñalado, y el sexto cayó muerto de pronto, y el séptimo se emborrachó hasta morir, y el octavo murió de amor, y el noveno se cayó del caballo, y el décimo tosió sangre, y el undécimo tuvo un ataque al corazón, y el duodécimo se reía mucho, y el decimotercero bailaba muy bien, y el decimocuarto era el más hermoso de todos; el decimoquinto tenía diez hijos y el decimosexto es uno de esos hijos lo mismo que el decimoséptimo; y el decimoctavo se llamaba Tomás y tocaba bien la guitarra; IOS tres siguientes segaban maíz en los campos y tenían tres amantes cada uno; el vigesimosegundo nunca fue amado, el vigesimotercero vendía tortillas, y las preparaba él mismo delante del Teatro de la ópera en una estufa de carbón, y el vigesimocuarto le pegaba a Su Mujer y ahora ella camina orgullosa por el pueblo y es feliz con otros hombres y aquí está el marido perplejo ante tanta injusticia, y el vigesimoquinto se bebió litros de agua de río y lo sacaron con una red, y el vigesimosexto era un pensador y el notable cerebro duerme ahora en el cráneo como una ciruela pasa.

-Me gustaría sacarles una foto en colores a todos, y anotar los nombres y cómo murieron -dijo Joseph-. Sería un libro asombroso e irónico. Cuanto más lo piensas, más te entusiasmas. Las biografías de cada uno, y luego la fotografía del cadáver de pie.

Joseph golpeó los pechos, levemente. Se oyó un sonido hueco, como si alguien hubiera golpeado una puerta.

Marie se abrió paso entre gritos que colgaban alrededor como una red. Caminó con paso firme, por el centro del corredor, no lentamente, pero tampoco demasiado rápido, hacia la escalera de caracol, sin mirar a los lados. Clic. La cámara detrás de Marie.

-Jiene espacio para más? -dijo Joseph.

-Sí,señor. Muchos más.

-Me gustaría ser el siguiente en la fila, el siguiente en la lista de usted.

-Ah, no, señor, nadie desea ser el siguiente.

-Usted no me venderla uno, ¿no?

-Oh, no, no, señor. Oh, no, no. Oh, no, señor.

-Le daré cincuenta pesos.

-Oh, no, señor, no, no, señor.

En el mercado, lo que quedaba de los cráneos de caramelo, después de la Fiesta de la Muerte, era vendido en mesitas endebles. Unas mujeres envueltas en rebozos negros aguardaban en silencio, hablando a veces entre ellas, junto a los dulces esqueletos de azúcar, los cadáveres de sacarina y los cráneos de caramelo blanco. Cada uno de los cráneos tenía un nombre arriba, dibujado con azúcar dorada: José o Carmen o Ramón o Tina o Guillermo o Rosa. El precio era bajo. El Festival de la Muerte había concluido. Joseph pagó un peso y le dieron dos cráneos de caramelo.

Marie esperaba en la calle angosta. Vio las calaveras de dulce, y a Joseph y las mujeres de oscuro que ponían las calaveras en un saquito de papel.

-No, de veras -dijo Marie.

-¿Por qué no?

-No en seguida.

-¿Hablas de las catacumbas?

Marie asintió.

-Pero éstos son buenos -dijo Joseph.

-Parecen venenosos.

-¿Sólo porque tienen forma de cráneos?

-No. El azúcar parece estropeada. No sabes quién los hizo. Quizá tienen el -cólico.

-Mi querida Marie, todos en México tienen el cólico.

-Puedes comerte los dos -dijo Marie.

-Ay, pobre Yorick -dijo Joseph, buscando en el saco de papel.

Caminaron entre edificios altos, de ventanas de marco amarillo y rejas de hierro rosado, y el aroma de los tamales llegaba a la calle, y se oía un sonido de fuentes ocultas que derramaban agua sobre unas losas Y de pájaros que se apiñaban y piaban en jaulas de bambú, y de alguien que tocaba Chopin en un piano.

-Chopin, aquí -dijo Joseph-. Qué raro y bueno. -Alzó los ojos-. Me gusta ese puente. Tenme esto. -Le alcanzó a Marie el saco de caramelos mientras tomaba la fotografía de un puente rojo que unía dos edificios blancos y de un hombre que cruzaba el puente con un sarape rojo al hombro-. Magnífico -dijo Joseph.

Marie caminaba mirando a Joseph, apartando un momento los ojos y mirándolo de nuevo, moviendo en silencio los labios, volviendo los ojos aquí y allá; y un músculo del cuello, bajo la barbilla, se le había endurecido como un alambre, y un nervio le palpitaba en la frente. Pasó el saco de caramelos de una mano a la otra. Subió a una acera, se inclinó hacia atrás de algún modo, hizo un ademán, dijo algo a propósito del equilibrio, y dejó caer el saco.

-¡En nombre de Dios! -Joseph recogió rápidamente el saco-. ¡Mira lo que has hecho! ¡Torpe!

-Me habría roto el tobillo -dijo Marie-. Creo.

-Eran los cráneos mejores, y los dos hechos trizas. Queda guardarlos para los amigos.

-Lo siento -dijo Marie, vagamente.

-Pero ¡Cristo, oh, maldición! -Miró con mala cara dentro del saco-. No creo que encuentre otros tan buenos. Oh, no sé, ¡mejor no pensarlo!

Soplaba el viento y Joseph y Marie estaban solos en la calle; Joseph clavando los ojos en los pedazos de caramelo, Marie envuelta en las sombras, y el sol del otro lado de la calle, y nadie alrededor, y el mundo muy lejos, y ellos dos solos, a tres mil kilómetros de cualquier parte, en la calle de un pueblo falso donde no había nada detrás ni a los lados sino el desierto vacío y unos buitres que volaban en el cielo. Encima del Teatro de la ópera, a una manzana de distancia, las doradas estatuas griegas se alzaban a la luz del sol, y en una cervecería un fonógrafo atronaba el aire: Ay, marimba... Corazón... y muchas otras palabras extrañas que se iban en el viento.

Joseph cerró el saco retorciéndolo y se lo metió fu-, riosamente en el bolsillo.

Caminaron de vuelta al almuerzo de las dos y media en el hotel.

Joseph se sentó a la mesa con Marie, sorbiendo de la cuchara una sopa de albóndigas, en silencio. En dos ocasiones Marie comentó animadamente los murales, y Joseph la miró un rato, sorbiendo. El paquete de cráneos rotos estaba sobre la mesa...

Una mano morena retiró los platos de sopa, y puso una fuente de enchiladas.

Marie miró la fuente.

Había dieciséis enchiladas.

Marie tomó el cuchillo y el tenedor para servirse una enchilada, y se detuvo. Puso otra vez los cubiertos a los lados del plato. Echó una mirada a las paredes y luego a su marido y luego a las dieciséis enchiladas.

Dieciséis. Una al lado de la otra. Una fila larga y apretada.

Marie las contó.

Uná, dos, tres, cuatro, cinco, seis.

Joseph se sirvió una y empezó a comer.

Seis, siete, ocho, nueve, diez, once.

Marie dejó caer las manos en el,regazo.

Doce, trece, catorce, quince, dieciséis. Marie dejó de contar.

-No tengo hambre -dijo.

Joseph sé sirvió otra enchilada. El relleno estaba envuelto en una hoja de tortilla de maíz. Era delgada, Y Joseph la cortó y se la llevó a la boca, y Marie masticó mentalmente junto con Joseph, cerrando los ojos.

-¿Eh? -preguntó Joseph.

-Nada -dijo Marie.

Quedaban trece enchiladas, , como paquetitos, como rollos de papel.

Joseph comió cinco más.

-No me siento bien -dijo Marie.

-¿Por qué no comes?

-No.

Joseph apartó el plato, y luego abrió el saquito y sacó uno de los cráneos rotos.

-No aquí -dijo Marie.

-¿Por qué no? -Y Joseph se llevó a la boca un terrón de azúcar, y se puso a masticar-. No está mal -dijo, pensando en el gusto. Tomó otra sección del cráneo-. No está mal, de veras.

Marie miró el nombre en el cráneo que Joseph estaba comiendo.

María leyó.

Era tremendo el modo como Marie ayudaba a empacar. Joseph había visto en el cine a esos hombres que saltan desde el trampolín a una piscina, y un momento más tarde saltan hacia atrás en una fantasía aérea y aparecen de nuevo sanos y salvos en el trampolín. Ahora, mientras miraba' los trajes y vestidos entraban volando en las cajas y maletas, los sombreros eran como pájaros que cruzaban el aire y eran apresados en sombrereras brillantes y redondas, los zapatos parecían correr por el piso como ratones y se metían de un salto en las cajas. Las tapas de las maletas cayeron ruidosamente, los broches se cerraron, las llaves giraron.

-¡Ya está! -gritó Marie-. ¡Todo empacado! Oh, Joe, te agradezco tanto que hayas cambiado de parecer..

Fue hacia la puerta.

-Eh, deja que te ayude -dijo Joseph.

-No son pesadas -dijo Marie.

-Pero nunca llevas las maletas. Nunca. Llamaré a un muchacho.

-Tonterías -dijo Marie, sin aliento.

En el pasillo un muchacho tomó las maletas.

-¡Señora, por favor!

-¿No hemos olvidado nada? -Joseph miró debajo de las dos camas, salió al balcón y miró la plazoleta, entró, fue al cuarto de baño, miró en el armario y en la palangana-. Toma -dijo, apareciendo de nuevo y dándole algo a Marie-. Olvidabas el reloj de pulsera.

-¿Sí?

Marie se puso el reloj y salió del cuarto.

-No sé -dijo Joseph-. Se ha hecho tarde. No sé si debiéramos imos ahora.

-Son sólo las tres y media -dijo Marie-. Las tres y media.

-No sé -dijo Joseph, indeciso.

Miró alrededor del cuarto, salió, cerró la puerta, y fue escaleras abajo sacudiendo las llaves.

Marie ya estaba afuera en el coche, instalada, con el abrigo doblado en el regazo, y las manos enguantadas dobladas sobre el abrigo. Joseph salió, examinó el equipaje puesto en el maletero del coche, fue hasta la portezuela de adelante y golpeó la ventanilla. Marie le abrió.

-¡Bueno, allá vamos! -Marie gritó riendo, la cara rosada, los ojos encendidos. Se inclinaba hacia adelante, como si este movimiento pudiera llevar el coche, alegremente, loma abajo-. Gracias, querido, por permítirme que te devolviera el dinero del cuarto. Estoy segura de que estaremos mucho mejor en Guadalajara, esta noche. ¡Gracias!

-Sí -dijo Joseph.

Puso la llave y apretó el acelerador.

No pasó nada.

Joseph pisó el acelerador de nuevo. Marie torció la boca.

-Necesita calentarse -dijo-. Hizo frío anoche.

Joseph probó otra vez. Nada.

Marie dejó caer las manos en el regazo.

Joseph probó otras seis veces.

-Bueno -dijo, recostándose en el asiento. -Prueba una vez más, y verás que arranca -dijo Marie. -Es inútil -dijo Joseph-. Algo anda mal. -Bueno, pero prueba una vez más. Joseph probó una vez más. -Arrancará, estoy segura -dijo Marie-. ¿Está puesto el encendido?

-Está puesto el encendido -dijo Joseph-. Sí, está puesto. 1 -No parece -dijo Marie. -Está. Joseph mostró moviendo la llave. -Bueno, prueba ahora -dijo Marie.

1

-Bueno -dijo Joseph, cuando no ocurrió nada-. Te lo dije.

-¡No lo hiciste bien, casi arrancó esta vez! -gritó Marie.

-Gastaré la batería, y Dios sabe dónde puedes comprar aquí una batería.

-Gástala entonces. ¡Estoy segura de que ahora funcionará!

-Bueno, si sabes tanto, prueba tú. -Joseph se deslizó fuera del coche y movió la mano indicándole a Marie que se sentara al volante-. ¡Vamos!

Marie se mordió los labios y se instaló al volante. Movió las manos y el cuerpo como en una pequeña ceremonia mística, como si quisiera vencer la gravedad, la fricción y todas las leyes de la naturaleza. Golpeó el acelerador con el zapato de punta descubierta. El coche se quedó solemnemente quieto. Los labios apretados de Marie dejaron escapar un breve chillido. Apretó el acelerador a fondo sacudiendo el regulador, y un olor claro se elevó en el aire.

-Lo has ahogado -dijo Joseph-. Magnífico. Vuelve a tu sitio, ¿quieres?

oseph consiguió tres muchachos para ayudarlo a empujar el coche loma abajo. Saltó al coche para guiarlo. El coche rodó rápidamente, saltando y traqueteando. La cara se le iluminó a Marie.

-¡Esto lo pondrá en marcha! -dijo.

Nada se puso en marcha. Se acercaron despacio a la estación de gasolina, al pie de la loma, saltando suavemente sobre el empedrado, y se detuvieron junto a los tanques.

Marie se quedó en el coche, en silencio, y cerró la ventanilla, y cuando el empleado salió de la estación tuvo que dar la vuelta hasta el lado del marido.

El mecánico alzó la cabeza del motor, miró a Joseph con el ceño fruncido, y los dos hablaron en español, en voz baja.

Marie bajó la ventanilla y escuchó.

Los dos hombres siguieron hablando.

-¿Qué dice? -preguntó Marie.

El mecánico moreno señalaba el motor. Joseph asentía.

-¿Qué ocurre? -quiso saber Marie.

Joseph se volvió, enfurruñado.

-Espera un momento, ¿quieres? No puedo atender a los dos.

El mecánico tomó a Joseph por el codo. Hablaron mucho.

-¿Qué dice ahora? -preguntó Marie.

-Dice... -comenzó a decir Joseph, y se interrumpió cuando el mexicano lo llevó hasta el motor y le pidió que se inclinara y mirara.

-¿Cuánto costará? -gritó a Marie a las espaldas dobladas de los hombres.

El mecánico le habló a Joseph,

-Cincuenta pesos.

-¿Cuánto tiempo llevará?

Joseph le preguntó al mecánico. El hombre se encogió de hombros y discutieron cinco minutos.

-¿Cuánto tiempo llevará? -repitió Marie.

La discusión continuó.

El sol descendió en el cielo. Marie miró la luz sobre los árboles altos del cementerio. Las sombras subieron y subieron hasta que el valle se oscureció y sólo el cielo era claro, intacto y azul.

-Dos días, quizá tres-dijoJoseph, volviéndose a Marie.

-¡Dos días! ¿No puede arreglarlo a medias como para que lleguemos a la ciudad más próxima?

Joseph le preguntó al hombre. El hombre respondió.

Joseph le dijo a su mujer:

-No, tiene que hacer todo el trabajo.

-Pero eso es una tontería, una tontería sin remedio, no tiene por qué arreglarlo del todo. Díselo, Joe, díselo. Que lo arregle ahora...

Ninguno de los dos hombres le prestó atención. Estaban hablando de nuevo, muy serios.

Esta vez todo fue muy lento. Joseph deshizo él mismo su maleta. Marie dejó la suya junto a la puerta.

-No necesito nada -dijo.

-Necesitas un camisón -dijo Joseph.

-Dormiré desnuda -dijo Marie.

-Bueno, no es culpa mía -dijo Joseph-. Ese coche maldito...

-Puedes ir allí abajo y ver cómo trabajan, más tarde -dijo Marie, sentándose en el borde de la, cama. Estaban en otro cuarto. Marie se había negado a que les dieran el mismo de antes. Dijo que no podía soportarlo. Quería un cuarto nuevo, y así parecería al menos que estaban en otro hotel de otra ciudad. De modo que éste era un cuarto nuevo, con vista a un callejón y las alcantarillas y no a la plaza y los árboles-. Tendrás que vigilar el trabajo, Joe. Si no lo haces, ¡sabes que tardarán semanas! -dijo Marie, y miró a Joseph-. Ya tendrías que estar allí, en vez de perder el tiempo dando vueltas.

-Iré -dijo Joseph.

-Espera, bajaré contigo. Quiero comprar algunas revistas.

-No encontrarás revistas norteamericanas en un pueblo como éste.

-Puedo mirar, ¿no puedo?

-Además no nos queda mucho dinero -dijo Joseph-. No quisiera telegrafiar al banco. Lleva un tiempo increíble y no vale la pena.

-Pero podré comprar mis revistas -dijo Marie.

-Quizás una o dos -dijo Joseph.

-Tantas como quiera -dijo Marie, terca, desde la cama.

-Por amor de Dios, tienes un millón de revistas en el coche, ¡Post, Colliers, Mercury, Atlantic Monthly, Barnaby, Superman! No has leído la mitad de los artículos.

-Pero no son revistas nuevas -dijo Marie-. No son nuevas. Ya las miré, y una vez que miras algo ya no...

-Trata de leerlas en vez de mirarlas -dijo Joseph.

Bajaron las escaleras y en la plaza ya era de noche.

-Dame unos pocos pesos -dijo Marie, y Joseph se los dio-. Enséñame a pedir revistas en español.

-Quiero una publicación americana -dijo Joseph caminando rápidamente.

Marie repitió la frase, tropezando, y se rió.

-Gracias.

Joseph fue adelante hacia el taller mecánico, y Marie se quedó en la primera botica, y todas las revistas que había allí eran de colores raros y de nombres raros. Leyó los títulos con rápidos movimientos de los ojos y miró al viejo detrás del mostrador.

-¿Tiene revistas americanas? -preguntó en inglés, no atreviéndose a hablar en español.

El viejo se quedó mirándola.

-¿Habla inglés? -preguntó Marie.

-No, señorita.

Marie trató de recordar las palabras exactas.

-Quiero... ¡No! -Se detuvo. Empezó de nuevo- ¿Americano..., este.... ma-gaziii-nas?

-¡Oh, no, señorita!

Marie abrió las manos a los lados de la cintura, y las cerró, como bocas. Abrió y cerró la boca. Tenía un velo delante de los ojos. Aquí estaba ella y aquí esta menuda gente de adobe quemado, a quienes no les podía decir nada, y que no decían ninguna palabra que ella entendiese, y ella estaba en un pueblo de gente que no le decía nada a ella y ella tampoco les decía nada excepto de un modo confuso y perplejo. Y todo alrededor del pueblo había desierto y tiempo, y el hogar estaba lejos, lejos en otra vida.

Marie dio media vuelta y escapó.

Fue de una tienda a otra y no encontró ninguna revista excepto las que exhibían en las portadas sangrientas corridas de toros o gente asesinada o sacerdotes cubiertos de encajes. Pero al fin encontró tres, ejemplares deteriorados del Post y los compró entre exclamaciones de entusiasmo y risas y le dio al vende-,, dor de la tiendecita una buena propina.

Salió apresuradamente llevando los Post apretados contra el pecho y caminó de prisa por la acera es-, trecha y saltó a la calle y corrió cantando la-la-la, y se, subió a la otra acera, bailando, sonrió interiormente,., y se movió con rapidez, apretando más las revistas, con los ojos entornados, respirando el aire de carbón del atardecer, sintiendo el viento húmedo en las orejas.

Las estrellas titilaban en un núcleo dorado sobre las figuras griegas posadas en el techo del Teatro de la ópera. Un hombre pasó en la oscuridad, bamboleándose, llevando un canasto en la cabeza. En el canasto había unas hogazas de pan.

Marie vio al hombre y el canasto en equilibrio y de pronto no se movió, y la sonrisa se le borró adentro, y las manos ya no apretaron las revistas. Miró al hombre que de cuando en cuando alzaba serenamente la mano al canasto, para mantenerlo en equilibrio, y que al fin desapareció en la calle mientras las revistas se le caían a ella de las manos y se esparcían por la acera.

Las recogió precipitadamente,. corrió al hotel y casi se cayó mientras subía las escaleras.

Marie se sentó en el cuarto. Había apilado las revistas a los lados, y en el piso en un círculo. Se había edificado un pequeño castillo con defensas de palabras y se había metido dentro. Alrededor estaban las revistas que ella había comprado y comprado y leído Y leído en otros días, y ésta era la muralla exterior, y de este lado de la muralla, sobre el regazo, todavía sin abrir, estaban los tres números estropeados del Post, pero no se atrevía a hojearlos y leerlos y leerlos y leerlos con ojos codiciosos, y le temblaban las manos. Abrió al fin la primera página. Hojearía las revistas Muy lentamente, leyendo línea por línea, decidió. No se saltearía una frase, no olvidaría ni una coma, y clavaría los ojos en los anuncios más pequeños y en los dibujos. Y -sonrió al recordarlo- en esas otras revistas que estaban en el suelo había todavía anuncios y dibujos cómicos que había dejado a un lado, pequeños bocados que ella podría buscar y utilizar más tarde.

Leería el primer Post esta noche, sí, esta noche el primer delicioso Post. Devoraría la revista página tras página ahora y en la noche siguiente, si había una noche siguiente, pero quizá no hubiese noche siguiente allí, quizás el motor empezara a funcionar y habría un olor de gases quemados y el zumbido de los neumáticos en el camino y el viento entraría por la ventanilla moviéndole el pelo como un gallardete, pero.... pero quizás hubiese una noche siguiente allí, en ese cuarto. Bueno, ahí estarían entonces los otros Post, uno para la noche siguiente, y el segundo para la segunda noche. Qué fácil todo, se dijo. Volvió la primera página.

Volvió la segunda página. La miró de arriba abajo y de abajo arriba, y unos dedos que ella no conocía se deslizaron bajo la página siguiente y la levantaron preparándose para darla vuelta, y las manecillas se movían en el reloj de pulsera, y el tiempo pasó y ella, volvió las páginas, volvió las páginas, mirando ávidamente la gente enmarcada en fotografías, gente que vivía en otra tierra y otro mundo donde las luces de, neón no permitían la invasión de la noche, un mundo de bares rosados donde los olores eran olores hogareños y la gente decía palabras hermosas y amables, y' aquí estaba ella, volviendo las páginas, y todas las líneas se movían a un lado y hacia abajo, y las páginas pasaban bajo las manos, en abanico. Arrojó al suelo el primer Post, tomó el segundo y lo hojeó en media hora, lo dejó también, tomó el tercero y lo dejó quince minutos después, respirando rápidamente, rápida mente, aspirando aire con el cuerpo y echándolo por la boca. Se llevó la mano a la nuca.

En alguna parte soplaba una brisa leve.

El vello se le erizó lentamente a lo largo de la nuca.

Lo tocó con una mano pálida como se toca la pelusa de una flor de diente de león.

Afuera, en la plaza, las luces oscilaban como linternas enloquecidas al viento. Unos papeles corrían por la calle como manadas de ovejas. Unas sombras se dibujaban y borraban bajo las lámparas, ahora en este lado, ahora en aquél, aquí una sombra un instante, aquí una sombra en seguida, ahora ninguna sombra, luz fría en todas partes, ahora ninguna luz, luego sólo una luz fría negra y azul. Las lámparas crujían en los ganchos de metal.

Las manos le temblaban a Marie. Miró cómo le temblaban. Le -tembló el cuerpo. Bajo los colores brillantes de la falda más brillante que había podido encontrar, y en la que se había metido y acomodado delante del espejo del tamaño de un ataúd, bajo la falda de rayón el cuerpo era todo alambres y tendones y excitación. Marie apretó las mandíbulas. Le rechinaron los dientes. Un labio aplastó otro labio, y la pintura se extendió en una mancha.

Joseph golpeó la puerta.

Estaban listos para acostarse. Joseph había vuelto con la noticia de que algo le habían hecho al coche y que tardaría en arreglarlo. Iría a ver mañana.

-Pero no golpees la puerta -dijo Marie, desnudándose delante del espejo.

-Déjala sin llave entonces -dijo Joseph.

-Quiero dejarla cerrada. Pero no golpees. Llama.

-¿Qué tiene de malo golpear?

-Suena raro -dijo Marie.

-¿Qué quieres decir?

Marie no replicó. Estaba mirándose en el espejo desnuda, con las manos a los costados, y ahí en el espejo estaban los pechos y las caderas y el cuerpo todo, y el cuerpo se movía, y sentía el piso debajo y las paredes y el aire alrededor, y los pechos sentirían unas manos si unas manos los tocaban, y si le tocaban el vientre no se oiría un sonido hueco.

-Por favor -dijo Joseph-, no te quedes ahí admirándote. -Joseph estaba en la cama-. ¿Qué haces? -dijo-. ¿No dejarás de pasarte las manos por la cara?

Apagó las luces.

Marie no podía hablarle a Joseph pues no conocía ninguna palabra que él conociera, y Joseph no decía nada que ella pudiera entender, y Marie se fue entonces a la cama y se acostó y Joseph se quedó quieto dándole la espalda y era como uno de esos hombres morenos de este pueblo lejano como la luna, y la tierra real estaba en alguna otra parte a la que no podía llegarse sino por una escalera de estrellas. Si hablaran esta noche, por lo menos, qué buena sería la noche, y qué fácil sería respirar y cómo le fluiría la sangre fácilmente por las venas de los tobillos y las' muñecas y los brazos, pero no hablaban y la noche era diez mil tictacs y diez mil retorcimientos de las mantas, y la almohada parecía una estufita blanca bajo las mejillas, y la oscuridad del cuarto era un mosquito que tejía una red en el aire y que en alguna vuelta la envolvía a ella. Si se dijeran una palabra, una sola palabra... Pero no había palabras, y las venas no se distendían en las muñecas y el corazón soplaba como un fuelle sobre un brasero de miedo, animando el fuego con una luz de cereza, una vez y otra vez, un latido, y otra vez, una luz de adentro que los ojos interiores de Marie miraban con una fascinación involuntaria. Los pulmones no descansaban, y bajaban y subían como si ella hubiese estado mucho tiempo, debajo del agua y ahora se hiciese a si misma la respiración artificial, tratando de mantenerse con vida.,

Mientras, la transpiración lubricaba todas estas funciones, y Marie se encontró pegada a las mantas pesadas, como algo apretado, aplastado, fragante y húmedo entre las páginas blancas de un libro pesado.

Y estando así acostada, regresaba de nuevo a la infancia, en las largas horas de medianoche. Ahora, y otra vez, el corazón le golpeaba el pecho como un tamboril histérico. Luego, serenamente, los pensamientos lentos y tristes de la infancia bronceada, cuando todo era sol sobre árboles verdes y sol sobre agua y sol sobre los cabellos rubios de una niña. Unas caras pasaban en los tiovivos de la memoria; una cara corría hacia ella, la enfrentaba, y se iba por la derecha; otra venía girando desde la izquierda, era un fragmento de conversación perdida, y desaparecía a la derecha. Alrededor y dando vueltas. Oh la noche era muy larga. Marie se consoló pensando en el coche en marcha, al día siguiente, el sonido del motor, aumentando, y el camino bajo las ruedas, y sonrió complacida en la oscuridad. Pero era posible que el coche no estuviera todavía arreglado. Se acurrucó en la sombra, como un papel que arde y se retuerce. Todos los pliegues y ángulos del cuerpo se le apretaron a Marie y tic-tic-tic marchó el reloj de pulsera, tic-tic-tic, y otro tic para que ella se rnarchitara todavía más...

La mañana. Marie miró a su marido, que descansaba suelto y estirado. Dejó caer una mano perezosa en el espacio fresco que separaba las camas. La mano de Marie había colgado así toda la noche en ese vacío. En una ocasión había extendido la mano hacia Joseph, pero el espacio era demasiado largo. Había recogido prontamente la mano, esperando que Joseph no hubiera notado ese movimiento silencioso.

Ahí estaba acostado ahora. Los ojos serenamente cerrados, las pestañas entrelazadas como dedos. Respiraba con tanta facilidad que el movimiento de las costillas era casi imperceptible. Como de costumbre a esta hora de la mañana, se había sacado la ropa de dormir y mostraba el pecho desnudo. El resto estaba cubierto por las sábanas. La cabeza descansaba en la almohada: un perfil pensativo.

Una barba asomaba en la barbilla.

La luz de la mañana mostró el blanco de los ojos de Marie. No había otras luces que se movieran en el cuarto, lentas, recorriendo la anatomía del hombre que estaba acostado enfrente.

Los pelos eran claramente visibles en la mejilla y el mentón del hombre. Un rayo de sol tocaba cada uno de los pelos de la barbilla, distintos como las púas del cilindro de una caja de música.

En las muñecas, caídas a los lados del hombre, había unos ricitos negros, todos perfectos, todos nítidos y brillantes.

El pelo de la cabeza estaba intacto, hebra por hebra, hasta las raíces. El dibujo de las orejas era hermoso. Los dientes lucían intactos detrás de los labios.

-¡Joseph! -gritó Marie-. ¡Joseph! -gritó de nuevo, sacudida por el terror.

¡Barril ¡Bam! Bam! Un trueno de campanas a través de la calle, desde la catedral de losas.

Las palomas subieron en un torbellino de papel blanco y pasaron como una bandada de revistas delante de la ventana. Las palomas dieron una vuelta en espiral sobre la plaza. ¡Bam! Otra vez las campanas. ¡La bocina de un coche! Lejos, en el extremo de la calle, una caja de música tocaba Cielito lindo.

Todos los sonidos se apagaron convirtiéndose en el sonido de un grifo que goteaba en el baño.

Joseph abrió los ojos.

Marie, sentada en la cama, lo miraba fijamente.

-Pensé... -dijo Joseph. Parpadeó-. No. -Cerró los ojos y meneó la cabeza-. Sólo las campanas. -Un suspiro-. ¿Qué hora es?

-No sé. Sí. Las ocho.

-Dios mío -murmuró Joseph, volviéndose-. Podemos dormir tres horas más.

-¡Tienes que levantarte! -gritó Marie.

-Nadie se levanta a esta hora. El mecánico no empezará a trabajar antes de las diez, ya lo sabes, no puedes pedirle a esta gente que se dé prisa. Quédate tranquila.

-Pero tienes que levantarte -dijo Marie.

Joseph dio media vuelta. Los pelos negros del bigote eran ahora de color bronce a la luz del sol.

-¿Por qué? ¿Por qué, en nombre de Dios, tengo que levantarme?

-¡Necesitas afeitarte! -chilló casi Marie.

Joseph gimió.

-De modo que tengo que levantarme y enjabonarme a las ocho de la mañana sólo para afeitarme.

-Bueno, lo necesitas.

-No me afeitaré de nuevo hasta que lleguemos a Texas.

-¡No puedes ir por ahí pareciendo un vagabundo!

-Puedo y lo haré. Durante treinta condenados años me afeité y me puse una corbata y unos pantalones recién planchados todas las mañanas. De ahora en adelante nada de pantalones planchados, nada de corbatas, nada de afeitadas, nada de nada.

Se echó las mantas sobre la cabeza tan bruscamente que descubrió una pierna desnuda.

La pierna colgaba del borde de la cama, y la piel era de un color blanco cálido a la luz del sol, y los pelos negros... perfectos.

Marie entornó los ojos, los enfocó, los clavó en los pelos y se llevó una mano a la boca.

Joseph se pasó el día yendo y viniendo del taller al hotel. No se afeitó. Caminó por la plaza de baldosas. Caminaba tan lentamente que Marie tuvo ganas de lanzarle un rayo desde la ventana. Joseph se detuvo y le habló al administrador del hotel, bajo un árbol de copa cilíndrica, moviendo los pies sobre las losas celestes. Miró los pájaros en los árboles y vio cómo las estatuas de la ópera se habían vestido con el dorado de la mañana, y se detuvo en la esquina, observando el tránsito. ¡No había tránsito! Se había detenido allí a propósito, tomándose tiempo, sin volverse hacia Marie. ¿Por qué no corría, no saltaba calle abajo, loma abajo hasta el taller, y no golpeaba allí las puertas, amenazando a los mecánicos, tomándolos por los, pantalones, metiéndolos de cabeza en el motor del coche? En cambio se quedaba allí mirando pasar' el tránsito ridículo. Un cerdo que cojeaba, un hombre en bicicleta, un Ford de 1927 y tres niños apenas vestidos. De prisa, de prisa, gritaba Marie en silencio, y casi rompió la ventana.,

Joseph fue de un lado a otro por la calle. Dobló la esquina. Fue hacia el taller, pero deteniéndose en todos los escaparates, leyendo los anuncios, mirando cuadros, tocando cerámica. Quizá se detendría a to-, mar una cerveza. Dios, sí, una cerveza.

Marie bajó a la plaza, tomó sol, buscó más revistas. Se arregló las uñas, las barnizó, se dio un baño bajó otra vez a la plaza, comió muy poco y regresó al, cuarto a alimentarse de revistas.

No se recostó. Tenía miedo. Cada vez que caía en un entresueño la infancia se le revelaba otra vez con una melancolía irremediable. Recordaba entonces a viejos amigos, niños que no había visto o en los que no,, había pensado durante veinte años. Y se le ocurrían cosas que quería hacer y que nunca había hecho. Había pensado llamar a Lila Holdridge durante los últimos ocho años, desde el día en que dejaron la universidad, pero lo había postergado siempre por alguna razón. ¡Qué amigas habían sido? ¡Querida Lila! Acostada, Marie pensaba en todos los libros, los buenos libros de ahora y de antes, que había deseado comprar y que quizá ya no compraría nunca, ni leería nunca. Cómo le gustaban los libros y el

olor de los libros. Se le ocurrían miles de cosas tristes. Había querido tener los libros de Oz toda la vida, y sin embargo nunca los había comprado. ¿Por qué? ¡Lo primero que haría cuando llegase a Nueva York sería comprar esos libros! ¡Y llamaría a Lila inmediatamente! Y vería a Bert y Jimmy y Helen y Louis, y volvería a Illinois y pasearla por los sitios de la infancia y verla las cosas que había que ver. Si regresaba a Estados Unidos. El corazón le latía dolorosamente, se detenía un momento, aguardaba, y latía de nuevo. Si regresaba alguna vez.

Se escuchó un rato el corazón, criticamente.

Un golpe y un golpe y un golpe. Una pausa. Un golpe y un golpe y un golpe. Una pausa.

¿Y si se detenía mientras ella estaba escuchando?

¡Ahora!

Silencio adentro.

-¡Joseph!

Marie dio un salto. Se tomó los pechos como si quisiera exprimirlos, bombear el corazón silencioso, ¡para que marchara de nuevo!

El corazón se abrió en ella, se cerró, se sacudió corno una matraca y latió nerviosamente, ¡veinte ráPidas veces!

Marie se derrumbó sobre la cama. ¿Y si se detenía de nuevo y no empezaba a latir? ¿Qué pensaría ella? ¿Qué haría entonces? Se moriría de miedo, por supuesto. Una broma, realmente graciosa. Te mueres de miedo si notas que el corazón se te para. Tenía que prestar atención y no permitir que los latidos se interrumpieran. Quería volver a su casa y ver a Lila y comprar libros y bailar de nuevo y pasear por Central Park y... escucha...

Un golpe y un golpe y un golpe. Una pausa.

Joseph llamó a la puerta. Joseph llamó a la puerta y no habían reparado el coche y estarían allí una noche más, y Joseph no se afeitaría y los pelos eran largos y nítidos en el mentón, y las tiendas de revistas estaban cerradas y allí no había más revistas, y cenaron, y ella muy poco, y Joseph salió de noche a caminar por el pueblo.

Marie se sentó de nuevo en la silla y de cuando en cuando sentía que se le erizaba el vello en la nuca como si le pasaran un imán. Estaba muy débil y no se podía mover de la silla, y no tenía cuerpo. Era sólo un latido un pulso largo de calor y dolor entre las cuatro paredes del cuarto. Los ojos calenturientos parecía embarazados de terror, hinchados detrás de las pestañas tiesas.

Muy adentro, Marie sintió que un dientecito de la, rueda se salía de su sitio. Otra noche, otra noche, otra noche, pensó. Y ésta será más larga que la anterior. E primer dientecito se salió de su sitio, el péndulo fall una vez. Luego un segundo diente, y un tercero, todo engranados: uno pequeño con uno mayor, el mayo con uno un poco mayor, éste un poco mayor con un grande, el grande con uno enorme, el enorme con uno inmenso, el inmenso con uno titánico...

Un ganglio rojo, no más grande que una hebra escarlata, claqueó estremeciéndose; un nervio, no más grande que una fibra de hilo rojo, se retorció. Un mecánico minúsculo desapareció de pronto allá dentro y toda la máquina, desequilibrada, iba a caerse poco a poco en pedazos.

Marie no luchó. Se abandonó al temblor y al miedo' y a la transpiración de la frente y a las sacudidas de la espina dorsal y al vino horrible que le llenaba la boca. Sentía dentro de ella un giroscopio roto que oscilaba, ya para este lado ya para aquél, y tropezaba y se sacudía y rechinaba. El color le cayó de la cara como una luz que deja una lámpara eléctrica, cuando las mejillas de cristal del bulbo muestran las venas y filamentos incoloros...

Joseph estaba en el cuarto, pero ella ni siquiera lo oía. Joseph estaba ahora en el cuarto, pero era lo mismo, nada había cambiado. Estaba preparándose para acostarse, en silencio, y

Marie no habló y se dejó caer en la cama mientras Joseph iba de un lado a otro moviéndose más allá en un espacio de humo, y en una ocasión le habló a Marie y ella no contestó.

Cada cinco minutos Marie miraba el reloj de pulsera, y el reloj se sacudía y el tiempo se sacudía y los cinco dedos parecían quince, que luego dejaban de moverse y eran otra vez cinco. Las sacudidas no cesaban. Sintió sed. Se volvió una y otra vez en la cama. El viento soplaba afuera levantando las lámparas y derrarnando cascadas de luz que golpeaban los edificios de costado, y las ventanas resplandecían brevemente como ojos abiertos que se cerraban en seguida cuando la luz caía en otro sitio. En la planta baja todo era silencio luego de la cena. Joseph le alcanzó un vaso de agua.

-Tengo frío, Joseph -dijo Marie envuelta en mantas.

-Estás bien -dijo Joseph. -No, no, no estoy bien. Tengo miedo.

-No hay nada de que tener miedo.

-Quiero que tomemos el tren y nos vayamos a Estados Unidos.

-Hay un tren en León, pero no aquí -dijo Joseph encendiendo otro cigarrillo.

-Vayamos a León en coche.

-¿En estos taxis, con estos conductores, dejando aquíelcoche?

-Sí, quiero ir.

-Estarás bien a la mañana.

-Sé que no. Estoy enferma.

-Nos costaría cientos de dólares embarcar el coche de vuelta.

-No importa. Tengo doscientos dólares en el banco. Pagaré yo. Por favor, vayamos a casa.

-Cuando mañana brille el sol te sentirás bien; es,,, que el sol se ha ido.

-sí, el sol se ha ido y sopla el viento -murmuró

Marie, cerrando los ojos, volviendo la cabeza, escu-',, chando-. Oh, qué viento solitario. México es un país raro. Todo selvas y desiertos y extensiones solitarias y aquí y allí un pueblo pequeño como éste, con unas pocas luces encendidas que puedes apagar con un castañeteo de los dedos...

-Es un país grande y hermoso.

-¿No se siente nunca sola esta gente?

-Están acostumbrados.

-¿No viven asustados entonces?

-Tienen una religión para eso.

-Me gustaría tener una religión.

-Cuando tienes una religión dejas de pensar -dijo Joseph-. Cree demasiado en una cosa y no te quedará sitio para nuevas ideas.

-Esta noche -dijo Marie débilmente- nada me, gustaría más que no tener sitio para nuevas ideas, dejar de pensar, creer tanto en una cosa que no me quede tiempo para tener miedo.

-Tú no tienes miedo -dijo Joseph.

-Una religión -dijo Marie, sin prestarle atención- me serviría como una palanca para levantarme a mí misma. Pero no la tengo y no sé cómo levantarme.

-Oh, por Dios -murmuró Joseph entre dientes, sentándose.

-En otro tiempo tuve una religión.

-Baptista.

-No, eso fue cuando tenía doce años. Quiero decir más tarde.

-Nunca me lo contaste.

-Tendrías que saberlo -dijo Marie.

-¿Qué religión? ¿Santos de yeso en la sacristía? ¿Algún santo especial a quien le rezabas tu rosario?

-Sí.

-eY contestaba él a tus plegarias?

-Durante un tiempo sí. Más tarde no, nunca. Nunca más. No desde hace años. Pero sigo rezando.

-¿Qué santo es ése?

-San José.

-San José. -Joseph se incorporó y se sirvió un vaso. de agua de la jarra, y el sonido del agua fue como un sonido solitario en la habitación-. Mi nombre.

-Una coincidencia.

Los dos se miraron un rato.

Joseph apartó al fin los ojos.

-Santos de yeso -dijo, bebiéndose el agua.

Al cabo de un rato Marie dijo:

-¿Joseph?

-¿Sí? -dijo Joseph.

-Ven y dame la mano, ¿quieres?

-Mujeres... -suspiró Joseph.

Se acercó y tomó la mano de Marie. Un minuto después Marie retiró la mano y la escondió bajo la manta, dejando fuera la mano de Joseph. Cerró los ojos y murmuró temblando:

-No importa, Es tan hermoso como lo imagino. Es realmente herTnoso el modo como puedo tener tu mano en mi mente.

-Dios -dijo Joseph y fue al cuarto de baño.

Marie apagó la luz. Sólo se veía la línea clara bajo la puerta del cuarto de baño. Se escuchó el corazón. Latía ciento cincuenta veces por minuto, regularmente, y ella tenía aún en la médula aquel pequeño y rechinante temblor, como si todos los huesos del cuerpo encerraran un moscardón azul, que revoloteaba, zumbaba, se estremecía adentro, muy adentro. Marie volvía los ojos hacia sí misma, observando el corazón oculto que golpeaba haciéndose pedazos contra las paredes del pecho.

El agua corría en el cuarto de baño. Marie oyó que Joseph se lavaba los dientes.

-¡Joseph!

-Sí -dijo Joseph detrás de la puerta cerrada.

-Ven aquí.

-¿Qué quieres?

-Quiero que me prometas algo, por favor, oh, por favor.

-¿Qué cosa?

-Primero abre la puerta.

-¿De qué se trata? -preguntó Joseph detrás de la puerta.

-Prométeme -dijo Marie, y calló.

-Pero ¿qué?

-Prométeme -dijo Marie, y no pudo seguir. Continuó acostada en silencio. No dijo nada. Oía ahora el reloj y el corazón, que latían juntos. Afuera crujió una lámpara-. Prométeme que si algo... ocurre -se oyó decir, ahogada y paralizada, como si estuviera en una de las lomas vecinas, hablándole a Joseph desde muy lejos-, si algo me ocurre, no me dejarás enterrada aquí en el cementerio ¡junto a esas horribles catacumbas! 1

-No seas tonta -dijo Joseph desde el cuarto de baño.

-¿Me lo prometes? -dijo Marie, con los ojos muy abiertos en la oscuridad.

-Nunca oí nada más tonto.

-¿Me lo prometes, por favor, me lo prometes?

-Estarás bien a la mañana -dijo Joseph.

-Prométemelo, así podré dormir. Sólo me dormiré si me prometes que no me pondrás allí. No quiero que me pongas allí.

-Qué barbaridad -dijo Joseph, perdiendo la paciencia.

-Por favor -dijo Maríe.

-¿Por qué he de prometerte algo tan ridículo? -dijo Joseph-. Estarás espléndida mañana. Además, si te mueres, lucirás muy hermosa en la catacumba, de pie entre el señor Mueca y el señor Bostezo, con una rama florecida en el pelo.

Y Joseph rió sinceramente.

Silencio. Marie yacía allí en la oscuridad.,

-¿No piensas que estarás muy hermosa? -preguntó Joseph, riendo aún, detrás de la puerta.

Marie no dijo nada en el cuarto en sombras.

Alguien cruzó la plaza abajo, levemente, alejándose.

-¿Eh? -preguntó Joseph cepillándose los dientes.

Marie yacía con los ojos clavados en el techo, y el pecho le subía y le caía, más y más rápido, y el aire entraba y salía y un hilito de sangre se le escurría entre los labios apretados. Tenía los ojos muy abiertos y las manos apretaban ciegamente las coberturas.

-¿Eh? -dijo Joseph de nuevo del otro lado de la Puerta.

Marie no contestó.

-Por supuesto -se dijo Joseph-. Hermosa Corno el demonio -murmuró mientras el agua caía ruidosamente en el lavatorio. Se enjuagó la boca-. Por supuesto.

Ninguna respuesta de Marie.

-Las mujeres son divertidas -se dijo mirándose en el espejo.

Marie yacía en la cama.

-Por supuesto -dijo Joseph. Hizo unas gárgaras con algún antiséptico y escupió en el lavatorio-. Estarás bien mañana.

Ninguna respuesta.

-Pronto arreglarán el coche.

Marie no dijo nada.

-La mañana llegará antes de que te des cuenta. -Joseph abría ahora unos frascos, poniéndose lociones en la cara-. Y quizá nos den el coche mañana, o a más tardar pasado mañana. No te importará pasar otra noche aquí, ¿no es cierto?

Marie no respondió.

-¿No? -preguntó Joseph.

Silencio.

La luz parpadeó y se apagó bajo la puerta del cuarto de baño.

-¿Marie?

Joseph abrió la puerta.

-¿Dormida?

Marie yacía con los ojos abiertos, y los pechos le subían y bajaban.

-Dormida -dijo Joseph-. En fin, buenas noches, señora.

Se subió a su cama.

-Cansado -dijo.

Silencio.

-Cansado -dijo Joseph.

Afuera el viento sacudía las luces; el cuarto era oblongo y negro, y Joseph ya estaba acostado, dormitando.

Marie yacía con los ojos abiertos, y el reloj de pulsera en la muñeca, y los pechos le subían y bajaban.

Era un día hermoso en el Trópico de Cáncer. El automóvil marchaba a lo largo de las vueltas de la carretera, abandonando el país de selvas, encaminándose a Estados Unidos, rugiendo entre las lomas verdes, tomando rápidamente todas las curvas, dejando atrás una débil estela de humo que se desvanecía en seguida. Y dentro del automóvil brillante iba Joseph, con una cara sonrosada y saludable y sombrero de Panamá, y una pequeña cámara fotográfica en el regazo; en la manga del brazo izquierdo llevaba cinta de seda negra, sujeta con alfileres. Miró la campiña que se deslizaba junto al coche, e hizo un ademán distraído hacia el asiento de al lado, y se detuvo. Sonrió tímidamente y se volvió una vez más hacia la ventanilla, entonando una melodía desafinada, y extendió lentamente la mano derecha y tocó el asiento de al lado, que estaba vacío.

Esqueleto

Ya se le había pasado la hora de ver otra vez al doctor. El señor Harris se metió, desanimado, en el hueco de la escalera, y vio el nombre del doctor Burleigh en letras doradas y una flecha que apuntaba hacia arriba. ¿Suspiraría el doctor Burleigh cuando lo viese? En verdad, ésta era la décima visita en el año. Pero el doctor Burleigh no podía quejarse. ¡El señor Harris pagaba todas las consultas.

La enfermera miró por encima al señor Harris y sonrió, un poco divertida, mientras llamaba con las puntas de los dedos en la puerta de vidrio esmerilado, la abría y metía la cabeza. Harris pensó que le oía decir: -¿Adivine quién está aquí, doctor? -Y en seguida le pareció que la voz del doctor replicaba, débilmente-: Oh, Dios mío, ¿otra vez?

Harris tragó saliva, nerviosamente, entró en el consultorio, y el doctor Burleigh gruñó:

-¿Le duelen otra vez los huesos? ¡Ah! -Frunció el ceño y se ajustó los lentes-. Mi querido Harris, ha sido usted aderezado con los peines y cepillos más finos y antisépticos que conoce la ciencia. Usted está nervioso. Veamos los dedos. Demasiados cigarrillos. Olamos el aliento. Demasiadas proteínas. Mirémosle los ojos. Falta de sueño. ¿Mi receta? Váyase a la cama, menos proteínas, y no fume. Diez dólares, por favor.

Harris, enfurruñado, no se movió.

El doctor apartó brevemente los ojos de sus papeles.

-¿Todavía ahí? ¡Es usted un hipocondríaco! Ahora, son once dólares.

-Pero, ¿por qué me duelen los huesos? -preguntó Harris.

El doctor Burleigh le habló como a un niño.

-¿Nunca ha tenido un músculo cansado, y se pasó las horas irritándolo, pellizcándolo, frotándolo? Cuanto más lo toca, más lo empeora. Al fin, si lo deja tranquilo, el dolor desaparece, y usted descubre que la causa principal del malestar era usted mismo. Bueno, hijo, ése es su caso. Quédese tranquilo. Tómese', una dosis de sales. Váyase y haga ese viaje a Phoenix con el que está soñando desde hace meses. ¡Le hará bien viajar!

Cinco minutos después, el señor Harris hojeaba una guía de teléfonos en el bar de la esquina. ¡Bonita comprensión la que uno obtenía de los cegatones idiotas como Burleigh! Recorrió con el dedo una lista de ESPECIALISTAS DE HUESOS, y encontró uno que se llamaba M. Munigant. Munigant no tenía título de médico, ni ningún otro; pero el consultorio estaba adecuadamente cerca. Tres manzanas más allá, una hacia abajo...

M. Munigant, como el consultorio, era pequeño y oscuro. Como el escritorio, olía a cloroformo, yodo y otras cosas raras. Era un hombre que sabía escuchar, sin embargo, y mientras escuchaba, movía unos ojos brillantes y vivaces, y cuando le hablaba a Harris las palabras le salían como suaves silbidos, sin duda a causa de algún defecto en la dentadura.

Harris se lo contó todo.

M. Munigant asintió. Había visto casos semejantes. Los huesos del cuerpo. Los hombres no tenía conciencia de sus propios huesos. El esqueleto. Dificilísimo. Algo que concernía al desequilibrio, a una coordinación inarmónica entre alma, carne y esqueleto. Muy complicado, silbó suavemente M. Munigant. Harris escuchaba fascinado. ¡Bueno, al fin había encontrado un doctor que lo entendía! Problema psicológico, dijo M. Munigant. Fue rápidamente, delicadamente, hacia una pared oscura y apareció con media docena de radiografías que flotaron en el cuarto como objetos fantasmales arrastrados por una antigua marea. ¡Mire, mire! ¡El esqueleto sorprendido! He aquí retratos luminosos de los huesos largos, cortos, grandes y pequeños. El señor Harris no prestaba atención a la actitud correcta, al verdadero problema. La mano de M. Munigant golpeó, matraqueó, raspó, rascó las tenues nebulosas de carne donde colgaban espectros de cráneos, vértebras, pelvis, calcio, médu-

la. ¡Aquí, allí, esto, aquello, éstos, aquellos y otros! ¡Mire!

Harris se estremeció. Las radiografías y los cuadros volaron en un viento verde y fosforescente, que venía de un país donde habitaban los monstruos de Dalí y Fuseli.

M. Munigant silbó quedamente. ¿Deseaba el señor Harris que le... trataran los huesos?

-Depende -dijo Harris.

Bueno, M. Munigant no podía ayudar a Harás si Harris no se encontraba dispuesto. Psicológicamente uno tiene que necesitar ayuda, o el médico es inútil. Pero, y se encogió de hombros, M. Munigant «trataría».

Harris se acostó en una mesa, con la boca abierta. Las luces se apagaron, las persianas se cerraron. M. Munigant se acercó a su paciente.

Algo tocó la lengua de Harris.

Harris sintió que le desencajaban las mandíbulas, Y le crujían y chirriaban. El cuadro de un esqueleto tembló y saltó en la pared. Harris sintió un estremecimiento, de pies a cabeza. Cerró involuntariamente la boca.

M. Munigant gritó. Harris casi le había arrancado la nariz de un mordisco. ¡Inútil, inútil! ¡Todavía no era hora! Las persianas se abrieron susurrando. La decepción de M. Munigant era tremenda. Cuando el señor Harris sintiera que podía cooperar psicológicamente, cuando el señor Harris necesitara ayuda realmente y tuviese confianza en M. Munigant, entonces quizá podría hacerse algo. M. Munigant extendió' la manita. Mientras tanto, los honorarios eran sólo dos dólares. El señor Harris debía ponerse a pensar. Le daría un dibujo para que el señor Harris se lo llevara a su casa y lo estudiase. Tenía que familiarizarse con su propio cuerpo.

Tenía que ser temblorosamente consciente de sí mismo. Tenía que mantenerse en guardia. Los esqueletos eran cosas raras, imprevisibles. Los ojos de M. Munigant centellearon. Buenos días al señor Harris. Oh, ¿y no quería un palito de pan? M. Munigant le acercó al señor Harris un jarro de palitos de pan quebradizos y salados y se sirvió un palito él mismo diciendo que masticar palitos le servía para conservar... cómo decirlo.... la práctica. ¡Buenos días, buenos días al señor Harris! El señor Harris se fue a su casa.

Al día siguiente, domingo, el señor Harris se des~ cubrió dolores y torturas innumerables y nuevas en todo el cuerpo. Se pasó la mañana con los ojos clavados en la estampa del esqueleto, anatómicamente perfecta, que le había dado M. Munigant.

En el almuerzo, Clarisse, la mujer del señor Harris, se apretó uno a uno los nudillos exquisitamente delgados, y al fin el señor Harris se llevó las manos a las orejas y gritó:

-¡Basta!

A la tarde, el señor Harris se enclaustró en sus ha' bitaciones. Clarisse jugaba al bridge en el vestíbulo riendo y parloteando con otras tres señoras mientras

Harris, oculto, se acariciaba y pesaba los miembros del cuerpo con creciente curiosidad. Al cabo de una hora se incorporó de pronto y llamó:

-¡Clarisse!

Clarisse entraba siempre como bailando, haciendo con el cuerpo toda clase de movimientos blandos y agradables para que los pies no tocaran ni siquiera la alfombra. Les pidió disculpas a sus amigas y fue a ver a Harris, animada. Lo encontró sentado en un extremo del cuarto y vio que clavaba los ojos en el dibujo anatómico.

-¿Estás aún meditando, querido? -preguntó Por favor, deja eso.

Se sentó en las rodillas del señor Harris.

La belleza de Clarisse no alcanzó a distraer al señor Harris. Sintió la liviandad de Clarisse, le tocó la rótula. El hueso parecía moverse bajo la piel pálida y brillante.

-¿Está bien que haga eso? -preguntó, sorbiendo el aliento.

-¿Qué cosa? -rió Clarisse-. ¿Mi rótula, dices?

-¿Es normal que se mueva así, alrededor?

Clarisse probó.

-Se mueve así, realmente -dijo, maravillada.

-Me alegra que la tuya se deslice, también -suspiró el señor Harris-. Empezaba a preocuparme.

-¿De qué?

El señor Harris se palmeó las costillas.

-Mis costillas no llegan hasta abajo. Se paran aquí, ¡y he descubierto el aire!

Clarisse entrecruzó las manos bajo la curva de sus pequeños pechos.

-Claro, tonto. Las costillas de todos se detienen en un cierto punto. Y esas raras y cortas son las costillas flotantes.

-Espero que no se vayan flotando por ahí.

El chiste no era nada tranquilizador. El señor Harris deseaba ahora, sobre todas las cosas, quedarse¡ solo. Nuevos descubrimientos arqueológicos, cada vez más sorprendentes, estaban al alcance de sus manos temblorosas, y no quería que se rieran de él.

-Gracias por haber venido, querida -dijo.

-Cuando quieras.

Clarisse frotó dulcemente su nariz contra la de Harris.

-¡Un momento! Espera... -El señor Harris extendió el dedo y tocó las dos narices, ¿Te das cuenta? El hueso de la nariz crece sólo hasta aquí. ¡El resto es tejido cartilaginoso!

Clarisse arrugó la nariz

-¡Claro, querido!

Se fue bailando del cuarto.

Solo, sentado, Harris sintió que la transpiración se le acumulaba en los hoyos y arrugas de la cara y le fluía como una marea tenue mejillas abajo. Se humedeció los labios y cerró los ojos. Ahora.... ahora.... ¿qué seguía ahora? La columna vertebral, sí. Aquí. Lentamente, el señor Harris se examinó la columna , moviendo los dedos como cuando operaba los botones de la oficina, llamando a secretarias y mensajeros. Pero ahora, al apretar la columna vertebral, las respuestas, eran miedos y terrores que le entraban por un millón de puertas asaltando y sacudiendo la mente. La columna le parecía algo extraño.... horrible. Se tocó las vértebras nudosas. Como los huesitos quebradizos de un pescado recién comido, abandonados en un plato de porcelana fría.

-¡Señor! ¡Señor!

Le castañetearon los dientes. Dios todopoderoso, pensó. ¿Cómo no me di cuenta en todos estos años? ¡Todos estos años he andado por allí con un... esqueleto... adentro! ¿Cómo es posible que lo aceptemos así como así? ¿Cómo es posible que nunca pensemos en nuestros cuerpos?

Un esqueleto. Una de esas cosas duras, nevosas y articuladas. Una de esas cosas quebradizas, espantosas, secas, frágiles, matraqueantes, de dedos temblorosos, cabeza de calavera, ojos biselados, y que cuelgan de unas cadenas entre las telarañas de una alacena olvidada; una de esas cosas que hay en los desiertos y están ahí en el suelo desparramadas como dados.

Se incorporó, muy tieso, pues ya no podía soportar la silla. Dentro de mí, ahora, pensó, tomándose el estómago y la cabeza, dentro de mi cabeza hay un... cráneo. Uno de esos caparazones curvos que guardan la jalea eléctrica del cerebro> ¡una de esas cáscaras rajadas con dos agujeros al frente como dos agujeros abiertos por una escopeta de dos caños! ¡Hay ahí grutas y cavernas de hueso, revestimientos y sitios para la carne, el olfato, la vista, el oído, el pensamiento! ¡Un cráneo que me envuelve el cerebro, con ventanitas abiertas al mundo exterior!

Harris tenía ganas de interrumpir la partida de bridge, entrar en la sala como un zorro en un gallinero y desparramar las cartas como nubes de plumas, todo alrededor. Se dominó trabajosamente, temblando. Vamos, vamos, hombre, tranquilízate. Has tenido una verdadera revelación, apréciala, disfrútala. ¡Pero un esqueleto!, le gritó el subconsciente. No lo aguanto. Es algo vulgar, terrible, espantoso. Los esqueletos son cosas horribles; crujen y rascan y traquetean en viejos castillos, colgados de vigas de roble, como largos péndulos susurrantes, indolentes, que se mueven al viento.

La voz de Clarisse llegó desde lejos, clara, dulce.

-Querido, ¿vienes a saludar a las señoras?

El señor Harris sintió que se mantenía en pie gracias al esqueleto. ¡Esa cosa interior, ese intruso, ese espanto, le sostenía los brazos, las piernas, la cabeza! Era como sentir a alguien detrás de uno, alguien que no debiera estar ahí. Adelantándose, comprendió con cada paso que daba hasta qué punto dependía de esa Cosa.

-Iré en seguida, querida -contestó débilmente.

¡Vamos, ánimo!, se dijo a sí mismo. Mañana tienes que volver al trabajo. El viernes tienes que ir a Phoenix. Es un viaje largo. Cientos de kilómetros. Tienes que estar en buena forma para hacer ese viaje o el señor Creldon no invertirá dinero en tu negocio de cerámica. ¡Arriba esa cabeza! ¡Coraje!

Un instante después estaba entre las señoras, y Clarisse le presentaba a la señora Withers, la señora, Abblematt y la señorita Kirthy, las que tenían, todas, esqueletos dentro, pero se lo tomaban con mucha calma, pues la naturaleza les había revestido cuidadosamente la calva desnudez de la clavícula, la tibia, el fémur, con pechos, muslos, pantorrillas, cejas y cabelleras satánicas, labios de aguijón, y.. ¡Dios!, gritó interiormente el señor Harris. Cuando hablan o comen muestran los dientes, ¡una parte del esqueleto! ¡Nunca se me había ocurrido!

-Excúsenme -jadeó, y salió corriendo del cuarto alcanzando apenas a arrojar la merienda por encima de la balaustrada del jardín, entre las petunias.

Esa noche, sentado en la cama, mientras Clarisse se desvestía, Harris se arregló cuidadosamente las uñas de los pies y las manos. Esas partes, también, revelaban el esqueleto, que asomaba impúdicamente. Debió de haber enunciado en voz alta parte de la teoría, pues Clarisse, ya acostada y en camisón, le echó los brazos al cuello canturreando:

-Oh, mi querido, las uñas no son huesos. ¡Son sólo epidermis endurecida!

El señor Harris dejó caer las tijeras.

-¿Estás segura? Espero que tengas razón. Me sentiría más tranquilo. -Miró la curva del cuerpo de Clarisse, boquiabierto-. Ojalá toda la gente fuera como tú.

-¡Condenado hipocondríaco! -Clarisse lo sostuvo estirando el brazo, Vamos, ¿qué te pasa? Díselo a mamá.

-Algo que siento dentro -dijo Harris-. Algo que... comí.

A la mañana siguiente y durante toda la tarde en la oficina del centro de la ciudad, el señor Harris investigó los tamaños, las formas y la posición de varios de sus propios huesos con un desagrado cada vez mayor. A las diez de la mañana le pidió permiso al señor Smith para tocarle el codo un momento. El señor Smith consintió, pero mirándolo de reojo. Después del almuerzo el señor Harris le dijo a la señorita Laurel que quería tocarle el omóplato, y la joven se apretó en seguida de espaldas contra el cuerpo del señor Harris ronroneando y entornando los ojos.

-¡¡Señorita Laurel! -gritó el señor Harris-. ¡Basta!

Solo, meditó en sus neurosis. La guerra acababa de terminar, y la tensión del trabajo y el futuro incierto tenían mucha relación probablemente con aquel estado de ánimo. Pensaba a veces en dejar la oficina, instalarse por su propia cuenta; tenía un talento nada común para la cerámica y la escultura. Tan pronto como pudiese iría a Arizona, le pediría dinero al se-

ñor Creldon, compraría un horno y pondría una tienda. Cuántas preocupaciones. En verdad era todo un caso. Pero por suerte había conocido a M. Munigant, que parecía decidido a comprenderlo y ayudarlo. Lucharía un tiempo solo, no iría a ver a Munigant ni al doctor Burleigh, mientras pudiera resistirlo. La extraña sensación desaparecería. El señor Harris se quedó mirando el aire.

La extraña sensación no desapareció. Creció.

El martes y el jueves se desesperó pensando que la epidermis, el pelo y otros apéndices eran manifestaciones de un grave desorden, mientras que el esqueleto desprovisto de tegumentos era en cambio una estructura limpia y flexible, bien organizada. A veces, cuando al resplandor de ciertas luces, sintiendo el peso de la melancolía, se le bajaban morosamente las comisuras de la boca, creía ver el cráneo que le sonreía desde detrás de la cara.

¡Suelta!, gritaba. ¡Déjame! ¡Los pulmones! ¡Basta!

Jadeaba convulsamente, como si las costillas lo apretaran quitándole el aliento.

¡Mi cerebro! ¡No lo aprietes!

Y unos dolores de cabeza terribles le quemaban el cerebro reduciéndolo a cenizas apagadas.

¡Mis entrañas, déjalas, por amor de Dios! ¡Apártate de mi corazón!

El corazón se le encogía bajo las costillas que se abrían en abanico, como arañas pálidas que acechaban la presa.

Una noche descansaba acostado empapado en sudor. Clarisse estaba afuera, en una reunión de la Cruz Roja. Harris trataba de conservar la calma, pero era más y más consciente de aquel conflicto: afuera ese sucio exterior, y adentro esa cosa hermosa, fresca, limpia y de calcio.

La tez, ¿no era oleosa, no tenía arrugas de preocupación?

Observa la perfección de la calavera: impecable y nívea.

La nariz, ¿no era demasiado prominente?

Observa bien los huesecitos de la nariz en la calavera, antes que el monstruoso cartílago nasal formara la probóscide montañosa.

El cuerpo, ¿no era rollizo?

Bueno, examina el esqueleto, delgado, esbelto, la economía de las líneas y el contorno. ¡Marfil oriental exquisitamente tallado! ¡Perfecto, grácil como una manta religiosa blanca!

Los ojos, ¿no eran protuberantes, ordinarios, apagados?

Ten la amabilidad de examinar las órbitas en la calavera: tan profundas y redondas, sombrías, pozos de calma, sabias, eternas. Mira adentro y nunca tocarás el fondo de ese conocimiento oscuro. Toda la ironía, toda la vida, todo está ahí en esa copa de oscuridad.

Compara, compara, compara.

Harris rabió durante horas. Y el esqueleto, siempre un filósofo frágil y solemne, descansaba dentro, calmoso, sin decir una palabra, suspendido como un insecto delicado en el interior de una crisálida, esperando y esperando.

Harris se sentó lentamente.

-¡Un minuto! ¡Espera! -exclamó-. Tú también estás perdido. Yo también te tengo. ¡Puedo obligarte a hacer lo que se me antoje! ¡No puedes impedirlo! Digo yo: mueve los carpos, los metacarpos y las falanges y, ssssss, ¡ahí se alzan, como si yo saludara a alguien! -Se rió-. Le ordeno a la tibia y al fémur que sean locomotoras y, jum, dos tres cuatro, jum, dos tres cuatro, allá vamos alrededor de la manzana. ¡Sí, señor!

Harris sonrió mostrando los dientes.

-Es una lucha pareja. Fuerzas iguales, y lucharemos, ¡los dos! Al fin y al cabo, ¡soy la parte que piensa! ¡Sí, Dios mío, sí! ¡Aunque no te domine; todavía puedo pensar!

Instantáneamente, una mandíbula de tigre se cerró de golpe, mordiéndole el cerebro. Harris aulló. Los huesos del cráneo apretaron como garras hasta que Harris tuvo horribles pesadillas. Luego, lentamente, mientras Harris chillaba, lbs huesos adelantaron el hocico y se comieron las pesadillas, una por una, hasta que la última desapareció y todas las luces se apagaron....

Al fin de la semana, Harris postergó el viaje a Phoenix por razones de salud. Pesándose en una balanza de la calle vio que la lenta flecha roja señalaba 75.

Gruñó. Cómo, he pesado ochenta kilos durante años y años. ¡He perdido cinco kilos! Se examinó las mejillas en el espejo sucio de moscas. Un miedo primitivo y helado le recorrió el cuerpo estremeciéndolo. ¡Tú, tú! ¡Sé muy bien qué te propones, tú!

Se amenazó con el puño la cara huesuda, hablándoles particularmente al maxilar superior, al maxilar inferior, al cráneo y a las vértebras cervicales.

-¡Maldito! Crees que puedes matarme de hambre, hacerme perder peso, ¿eh? Sacarme la carne, no dejar nada, sólo huesos y piel. Tratas de echarme a la zanja, para ser el único dueño, ¿eh? ¡No, no!

Corrió a un restaurante.

Pavo, salsas, patatas en crema, cuatro ensaladas, tres postres. No podía tragar nada, se sentía enfermo del estómago. Se obligó a comer. Los dientes empezaron a dolerle. Mala dentádura, ¿eh?, pensó, furioso. Comeré aunque los dientes se sacudan, se golpeen y-crujan, y caigan todos en la sala.

Tenía fuego en la cabeza, respiraba entrecortadamente, sintiendo una opresión en el pecho, y un dolor en las muelas; pero ganó sin ¡embargo una pequeña batalla. Iba a beber leche cuando se detuvo y la derramó en un florero de capuchinas. Nada de calcio para ti, muchacho, nada de calcio para ti. Nunca jamás comeré algo que tenga calcio o cualquier otro mineral que tonifique los huesos. Comeré sólo para uno de nosotros, muchacho, sólo para uno.

-Setenta kilos -le dijo la semana siguiente a su mujer-. ¿Notaste cómo he cambiado?

-Noto que estás mejor -dijo Clarisse-. Siempre fuiste un poco gordito para tu altura, querido. -Le acarició la barbilla-. Me gusta tu cara. Es mucho más elegante. Las líneas son ahora tan firmes y fuertes...

-No son mis líneas, son sus líneas, ¡maldita sea! ¿Quieres decir acaso que él te gusta más que yo?

-¿Él? ¿Quién es él?

En el espejo del vestíbulo, más allá de Clarisse, la calavera le sonrió al señor Harris desde detrás de una mueca carnosa de desesperación y odio.

Colérico, el señor Harris engulló unas tabletas de malta. Era un modo de ganar peso cuando uno no puede comer otras cosas. Clarisse vio las píldoras de malta.

-Pero, querido, realmente, yo no te pido que subas de peso -dijo.

-¡Oh, cállate! -dijo Harris entre dientes.

Clarisse lo obligó a que se acostara. Harris se tendió con la cabeza en el regazo de Clarisse.

-Querido -dijo Clarisse-. Te he estado observando últimamente. Estás tan... lejos. No dices nada, pero parece que te persiguieran. Te agitas en la cama, de noche. Quizá debieras ver a un psiquiatra. Pero ya sé qué te diría, puedo adelantártelo. Te he oído mascullar, una vez y otra, y he sacado mis conclusiones. Pues bien, te diré que tú y tu esqueleto son una sola cosa: «una nación indivisible, con libertad y justicia para todos». Unidos triunfarán, divididos fracasarán. Si no se pueden entender entre ustedes como un viejo matrimonio, ve a ver al doctor Burleigh. Pero antes distiéndete, tranquilízate. Estás viviendo en un círculo vicioso; cuanto más te preocupas, más sientes los huesos y más te preocupas. Al fin y al cabo, ¿quién inició esta batalla? ¿Tú o esa entidad anónima que según dices está acechándote detrás del canal alimentario?

Harris cerró los ojos.

-Yo. Creo que fui yo. Adelante, Clarisse, sigue hablándome.

-Descansa ahora -susurró Clarisse dulcemente-. Descansa y olvida.

El señor Harris se mantuvo a flote un día y medio y luego empezó a hundirse otra vez. La imaginación podía tener su parte de culpa, sí, pero este esqueleto particular, Dios mío, devolvía los golpes.

En las últimas horas de la tarde, Harris buscó el consultorio de M. Munigant. Caminó media hora antes de encontrar la dirección y descubrir el nombre M. Munigant, escrito con

iniciales de oro viejo y descascarado en un letrero de vidrio. En ese momento, le pareció que los huesos le estallaban rompiendo amarras, dispersándose en el aire en una erupción doloro sa. Enceguecido, Harris retrocedió. Cuando abrió de nuevo los ojos ya estaba del otro lado de la esquina El consultorio de M. Munigant había quedado atrás.

Los dolores cesaron.

M. Munigant era el hombre que podía ayudarlo. Si la visión del letrero provocaba una reacción tan titánica, indudablemente M. Munigant era el hombre indicado.

Pero no hoy. Cada vez que Harris trataba de volver al consultorio reaparecían los terribles dolores. Transpirando, renunció al fin y entró tambaleándose en un bar.

Mientras cruzaba el vestíbulo oscuro se preguntó brevemente si M. Munigant no tenía una buena parte de culpa. ¡Al fin y al cabo era M. Munigant quien lo había incitado a que se observara el esqueleto, desencadenando un tremendo impacto psicológico! ¿No estarla utilizándolo M. Munigant para algún propósito nefasto? Pero ¿qué propósito? Era una sospecha tonta. Un pobre médico, y nada más. Trataba de ayudarlo. Munigant y sus palitos de pan. Ridículo, M. Munigant estaba muy bien, muy bien.

El espectáculo del salón del bar era alentador. Un hombre corpulento, gordo, redondo como una bola de manteca, bebía una cerveza tras otra en el mostrador. La imagen del éxito, realmente. Harris reprimió el deseo de ponerse de pie, palmearle el hombro al gordo y preguntarle cómo había hecho para ocultarse los huesos. Sí, el esqueleto del hombre estaba lujosamente tapizado. Había almohadones de tocino aquí, bultos elásticos allí, y varias golillas redondas bajo la barbilla. El pobre esqueleto estaba perdido; nunca podría salir de ese tembladeral de grasa. Podía haberlo intentado una vez, pero ya no. Los huesos, abrumados, no se insinuaban en ninguna parte.

No sin envidia, Harris se acercó al gordo como alguien que cruza ante la proa de un transatlántico. Harris pidió una bebida, se la tomó, y se atrevió a hablarle al gordo.

-¿Glándulas?

-¿Me habla usted a mí? -preguntó el gordo.

-¿0 una dieta especial? -comentó Harris-. Perdóneme, pero vea usted, me cuelga la piel. No puedo aumentar de peso. Me gustaría tener un estómago

-Así es entonces -susurró, los ojos enrojecidos, las mejillas hirsutas-. De un modo o de otro me arrastras, me matas de hambre, de sed, acabas conmigo. -Tragó unas rebabas secas de polvo-. El sol me cocinará la carne para que puedas salir. Los buitres me almorzarán y tú quedarás tendido en el suelo,. sonriendo. Sonriendo victorioso. Un xilofón calcinado donde unos buitres tocan una música rara. Te gusta eso. La libertad.

Harris caminó por un escenario que temblaba y burbujeaba bajo la cascada de la luz solar. Tropezaba, caía de bruces y se quedaba tendido alimentándose con bocados de fuego. El aire era una llama azul de alcohol, y los buitres se asaban, humeaban y chispeaban volando en círculos y planeando. Phoenix. El camino. El coche. Agua. Un refugio.

-¡Eh!

Otra vez el grito. Crujidos de pasos, rápidos.

Gritando, aliviado, incrédulo, Harris corrió y se derrumbó en brazos de alguien que llevaba uniforme.

El coche tediosamente remolcado, reparado. Ya en Phoenix. Harris se encontró en un estado de ánimo tan endemoniado que la operación comercial fue una apagada pantomima. Aun cuando consiguió el préstamo y tuvo el dinero en la mano, no se dio mucha cuenta. La cosa interior, como una espada dura y blanca dentro de un escarabajo, le teñía los negocios, la comida, le coloreaba el amor por Clarisse, le impedía confiar en su automóvil. La cosa, en

verdad, tenía que ser puesta en su sitio. El incidente del desierto había pasado demasiado cerca, le había tocado los huesos, podía decir uno torciendo la boca en una mueca irónica. Harris se oyó a sí mismo agradeciéndole el dinero al señor Creldon. Luego dio media vuelta con el coche y se puso de nuevo en marcha, esta vez por el camino de San Diego, para evitar la zona desértica entre El Centro y Beaumont. Marchó hacia el norte a lo largo de la costa. No confiaba en el desierto. Pero... ¡cuidado! Las olas saladas retumbaban y siseaban en la playa de Laguna. La arena, los peces y los crustáceos podían limpiarle los huesos tan rápidamente como los buitres. Despacio en las curvas junto al mar.

Demonios, estaba realmente enfermo.

¿A quién recurrir? ¿Clarisse? ¿Burleigh? ¿Munigant? Especialistas de huesos. Munigant. ¿Bien?

-¡Querido!

Clarisse lo besó. Harris sintió la solidez de los huesos y la mandíbula detrás del apasionado intercambio, y dio un paso atrás.

-Querida -dijo lentamente, enjugándose los labios con la manga, temblando.

-Pareces más delgado; oh, querido, el negocio...

-Salió bien, creo. Sí, todo marchó bien.

Clarisse lo besó de nuevo.

La cena fue morosa, trabajosamente alegre. Clarisse reía animándolo. Harris estudiaba el teléfono, y de cuando en cuando levantaba el auricular, indeciso, y lo colgaba otra vez.

Clarisse se puso el abrigo y el sombrero.

-Bueno, lo siento, pero tengo que irme. -Le pellizcó la mejilla a Harris-. Vamos, ¡ánimo! Volveré de la Cruz Roja dentro de tres horas. Tú descansa. Tengo que ir.

Cuando Clarisse desapareció, Harris marcó un número en el teléfono, nervioso.

-¿M. Munigant?

Una vez que Harris hubo colgado el auricular, las explosiones y los malestares del cuerpo fueron extraordinarios. Harris sintió que tenía metidos los huesos en todos los potros de tormentos que había imaginado o que se le habían aparecido en pesadillas terribles, alguna vez. Tragó todas las aspirinas que,, encontró, pero cuando una hora más tarde sonó el timbre de la puerta no pudo moverse. Se quedó tendido, débil, agotado, jadeante, y las lágrimas le corrieron por las mejillas.

-¡Entre! ¡Entre, por amor de Dios!

M. Munigant entró. Gracias a Dios la puerta no estaba cerrada con llave.

Oh, pero el señor Harris tenia muy mala cara., M. Munigant se detuvo en el centro del vestíbulo, menudo y oscuro. Harris asintió con un movimiento de cabeza. Los dolores le recorrían todo el cuerpo, rápidamente, golpeando con ganchos y enormes martillos de hierro. M. Munigant vio los huesos protuberantes de Harris y le brillaron los ojos. Ah, era evidente, que el señor Harris estaba ahora psicológicamente, preparado. ¿No? Harris asintió de nuevo, débilmente, y sollozó. M. Munigant hablaba como silbando. Había algo raro en la lengua de M. Munigant y en esos silbidos. No importaba. Harris creía ver a través de las lágrimas que M. Munigant se encogía, se empequeñecía. Obra de la imaginación, por supuesto. Harris lloriqueó la historia del viaje a Phoenix. M. Munigant mostró su simpatía. ¡Ese esqueleto era un traidor! Lo arreglarían de una vez por todas.

-Señor Munigant -suspiró apenas Harris-. No... no lo noté antes. La lengua de usted. Redonda, corno un tubo. ¿Hueca? Mis ojos. Deliro. ¿Qué pasa?

M. Munigant silbó suavemente, apreciativamente, acercándose. Si el señor Harris aflojaba el cuerpo y abría la boca... Las luces se apagaron. M. Munigant espió la mandíbula

Librodot

caída de Harris. ¿Más abierta, por favor? Había sido tan difícil, aquella primera vez, ayudar al señor Harris; el cuerpo y los huesos en rebelión abierta. Ahora en cambio la carne cooperaba, aunque el esqueleto protestara. En la oscuridad, la voz de M. Munigant se afinó, afinó, aflautándose, aflautándose. El silbido se hizo más agudo. Ahora. Aflójese, señor Harris. ¡Ahora!

Harris sintió que le apretaban violentamente las mandíbulas, en todas direcciones, le comprimían la lengua con un cucharón y le ahogaban la garganta. Jadeó, sin aliento. Un silbido. ¡No podía respirar! Algo le retorcía las mejillas y le rompía las mandíbulas. ¡Como un chorro de agua caliente algo se le escurría en las cavidades de los huesos, golpeándole los oídos!

-¡Ahhh! -chilló Harris, gagueando. La cabeza, el carapacho hendido, le cayó flojamente. Un dolor agónico le quemó los pulmones.

Harris respiró al fin, un momento, y los ojos acuosos le saltaron hacia adelante. Gritó. Tenía las costillas sueltas, como un flojo montón de leña. ¡Qué dolor ahora! Harris cayó al suelo, resollando fuego.

Las luces chispearon en los globos oculares de Harris. Los huesos se le soltaron rápidamente.

Los ojos húmedos miraron el vestíbulo.

No había nadie en el cuarto.

-¿M. Munigant? En nombre de Dios, ¿dónde está usted, M. Munigant? ¡Ayúdeme!

M. Munigant había desaparecido.

-¡Socorro!

Y en ese momento Harris oyó.

Muy adentro, en las fisuras subterráneas del cuerpo, los ruidos minúsculos, inverosímiles: chasquidos leves, y torsiones, y frotamientos y hocicadas como si una ratita hambrienta allá abajo, en la oscuridad roja sangre, mordisqueara seriamente, hábilmente, algo que podía haber estado allí, pero no estaba.... un leño, sumergido...

Clarisse, alta la cabeza, iba por la acera directamente hacia su casa en Saint James Place. Llegó a la esquina pensando en la Cruz Roja y casi tropezó con,, el hombrecito moreno que olía a yodo.

Clarisse no le habría prestado atención, pero en ese momento el hombrecito sacó de la chaqueta algo blanco, largo y curiosamente familiar, y se puso a masticarlo, como si fuese una barra de menta. Se comió la punta, y metió la lengua ransima en la materia blanca, succionándola, satisfecho. Cuando Clarisse: llegó a la puerta de su casa, movió el pestillo y entró, el hombrecito estaba absorto aún en su golosina.

-¿Querido? -llamó Clarisse, sonriendo y mirando alrededor-. Querido, ¿dónde estás? - Cerró la puerta, cruzó el pasillo y entró en el vestíbulo-. Querido...

Se quedó mirando el suelo durante veinte segundos, tratando de entender.

De pronto, se puso a gritar.

Afuera, a la sombra de los sicomoros, el hombrecito abrió unos agujeros intermitentes en el palo blanco y largo; luego, dulcemente, suspirando, frunciendo los labios, tocó una melodía triste en el improvisado instrumento, acompañando el canto agudo y terrible de la voz de Clarisse dentro de la casa.

Muchas veces, en la niñez, Clarisse había corrido por las arenas de la playa, y había pisado una medusa de mar, y había chillado entonces. No es tan horrible encontrar una medusa de mar gelatinosa en tu propio vestíbulo. Puedes dar un paso atrás.

Es terrible cuando la medusa te llama por tu propio nombre.

El Peatón

Entrar en aquel silencio que era la ciudad a las ocho de una brumosa noche de noviembre, pisar la acera de cemento y las grietas alquitranadas, y caminar, con las manos en los bolsillos, a través de los silencios, nada le gustaba más al señor Leonard Mead. Se detenía en una bocacalle, y miraba a lo largo de las avenidas iluminadas por la Luna, en las cuatro direcciones, decidiendo qué camino tomar. Pero realmente no importaba, pues estaba solo en aquel mundo del año 2052, o era como si estuviese solo. Y una vez que se decidía, caminaba otra vez, lanzando ante él formas de aire frío, como humo de cigarro.

A veces caminaba durante horas y kilómetros y volvía a su casa a medianoche. Y pasaba ante casas de ventanas oscuras y parecía como si pasease por un cementerio; sólo unos débiles resplandores de luz de luciérnaga brillaban a veces tras las ventanas. Unos repentinos fantasmas grises parecían manifestarse en las paredes interiores de un cuarto, donde aún no habían cerrado las cortinas a la noche. O se oían unos murmullos y susurros en un edificio sepulcral donde aún no habían cerrado una ventana.

El señor Leonard Mead se detenía, estiraba la cabeza, escuchaba, miraba, y seguía caminando, sin que sus pisadas resonaran en la acera. Durante un tiempo había pensado ponerse unos botines para pasear de noche, pues entonces los perros, en intermitentes jaurías, acompañarían su paseo con ladridos al oír el ruido de los tacos, y se encenderían luces y aparecerían caras, y toda una calle se sobresaltaría ante el paso de la solitaria figura, él mismo, en las primeras horas de una noche de noviembre.

En esta noche particular, el señor Mead inició su paseo caminando hacia el oeste, hacia el mar oculto. Había una agradable escarcha cristalina en el aire, que le lastimaba la nariz, y sus pulmones eran como un árbol de Navidad. Podía sentir la luz fría que entraba y salía, y todas las ramas cubiertas de nieve invisible. El señor Mead escuchaba satisfecho el débil susurro de sus zapatos blandos en las hojas otoñales, y silbaba quedamente una fría canción entre dientes, recogiendo ocasionalmente una hoja al pasar, examinando el esqueleto de su estructura en los raros faroles, oliendo su herrumbrado olor.

-Hola, los de adentro -les murmuraba a todas las casas, de todas las aceras-. ¿Qué hay esta noche en el canal cuatro, el canal siete, el canal nueve? ¿Por dónde corren los cowboys? ¿No viene ya la caballería de los Estados Unidos por aquella loma?

La calle era silenciosa y larga y desierta, y sólo su sombra se movía, como la sombra de un halcón en el campo. Si cerraba los ojos y se quedaba muy quieto, inmóvil, podía imaginarse en el centro de una llanura, un desierto de Arizona, invernal y sin vientos, sin ninguna casa en mil kilómetros a la redonda, sin otra compañía que los cauces secos de los ríos, las calles.

-¿Qué pasa ahora? -les preguntó a las casas, mirando su reloj de pulsera-. Las ocho y media. ¿Hora de una docena de variados crímenes? ¿Un programa de adivinanzas? ¿Una revista política? ¿Un comediante que se cae del escenario?

¿Era un murmullo de risas el que venía desde aquella casa a la luz de la luna? El señor Mead titubeó, y siguió su camino. No se oía nada más. Trastabilló en un saliente de la acera. El cemento desaparecía ya bajo las hierbas y las flores. Luego de diez años de caminatas, de noche y de día, en miles de kilómetros, nunca había encontrado a otra persona que se paseara como él.

Llegó a una parte cubierta de tréboles donde dos carreteras cruzaban la ciudad. Durante el día se sucedían allí tronadoras oleadas de autos, con un gran susurro de insectos. Los coches escarabajos corrían hacia lejanas metas tratando de pasarse unos a otros, exhalando un incienso débil. Pero ahora estas carreteras eran como arroyos en una seca estación, sólo piedras y luz de luna.

Leonard Mead dobló por una calle lateral hacia su casa. Estaba a una manzana de su destino cuando un coche solitario apareció de pronto en una esquina y lanzó sobre él un brillante cono de luz blanca. Leonard Mead se quedó paralizado, casi como una polilla nocturna, atontado por la luz.

Una voz metálica llamó:

-Quieto. ¡Quédese ahí! ¡No se mueva!

Mead se detuvo.

-¡Arriba las manos!

-Pero... -dijo Mead.

-¡Arriba las manos, o dispararemos!

La policía, por supuesto, pero qué cosa rara e increíble; en una ciudad de tres millones de habitantes sólo había un coche de policía. ¿No era así? Un año antes, en 2052, el año de la elección, las fuerzas policiales habían sido reducidas de tres coches a uno. El crimen disminuía cada vez más; no había necesidad de policía, salvo este coche solitario que iba y venía por las calles desiertas.

-¿Su nombre? -dijo el coche de policía con un susurro metálico.

Mead, con la luz del reflector en sus ojos, no podía ver a los hombres.

-Leonard Mead -dijo.

-¡Más alto!

-¡Leonard Mead!

-¿Ocupación o profesión?

-Imagino que ustedes me llamarían un escritor.

-Sin profesión -dijo el coche de policía como si se hablara a sí mismo.

La luz inmovilizaba al señor Mead, como una pieza de museo atravesada por una aguja.

-Sí, puede ser así -dijo.

No escribía desde hacía años. Ya no vendían libros ni revistas. Todo ocurría ahora en casa como tumbas, pensó, continuando sus fantasías. Las tumbas, mal iluminadas por la luz de la televisión, donde la gente estaba como muerta, con una luz multicolor que les rozaba la cara, pero que nunca los tocaba realmente.

-Sin profesión -dijo la voz de fonógrafo, siseando-. ¿Qué estaba haciendo fuera?

-Caminando -dijo Leonard Mead.

-¡Caminando!

-Sólo caminando -dijo Mead simplemente, pero sintiendo un frío en la cara.

-¿Caminando, sólo caminando, caminando?

-Sí, señor.

-¿Caminando hacia dónde? ¿Para qué?

-Caminando para tomar aire. Caminando para ver.

-¡Su dirección!

-Calle Saint James, once, sur.

-¿Hay aire en su casa, tiene usted acondicionador de aire, señor Mead?

-Sí.

-¿Y tiene usted televisor?

-No.

-¿No?

Se oyó un suave crujido que era en sí mismo una acusación.

-¿Es usted casado, señor Mead?

-No.

-No es casado -dijo la voz de la policía detrás del rayo brillante.

La luna estaba alta y brillaba entre las estrellas, y las casas eran grises y silenciosas.

-Nadie me quiere -dijo Leonard Mead con una sonrisa.

-¡No hable si no le preguntan!

Leonard Mead esperó en la noche fría.

-¿Sólo caminando, señor Mead?

-Sí.

-Pero no ha dicho para qué.

-Lo he dicho; para tomar aire, y ver, y caminar simplemente.

-¿Ha hecho esto a menudo?

-Todas las noches durante años.

El coche de policía estaba en el centro de la calle, con su garganta de radio que zumbaba débilmente.

-Bueno, señor Mead -dijo el coche.

-¿Eso es todo? -preguntó Mead cortésmente.

-Sí -dijo la voz-. Acérquese. -Se oyó un suspiro, un chasquido. La portezuela trasera del coche se abrió de par en par-. Entre.

-Un minuto. ¡No he hecho nada!

-Entre.

-¡Protesto!

-Señor Mead...

Mead entró como un hombre que de pronto se sintiera borracho. Cuando pasó junto a la ventanilla delantera del coche, miró adentro. Tal como esperaba, no había nadie en el asiento delantero, nadie en el coche.

-Entre.

Mead se apoyó en la portezuela y miró el asiento trasero, que era un pequeño calabozo, una cárcel en miniatura con barrotes. Olía a antiséptico; olía a demasiado limpio y duro y metálico. No había allí nada blando.

-Si tuviera una esposa que le sirviera de coartada... -dijo la voz de hierro-. Pero...

-¿Hacia dónde me llevan?

El coche titubeó, dejó oir un débil y chirriante zumbido, como si en alguna parte algo estuviese informando, dejando caer tarjetas perforadas bajo ojos eléctricos.

Librodot

-Al Centro Psiquiátrico de Investigación de Tendencias Regresivas

Mead entró. La puerta se cerró con un golpe blando. El coche policía rodó por las avenidas nocturnas, lanzando adelante sus débiles luces.

Pasaron ante una casa en una calle un momento después. Una casa más en una ciudad de casas oscuras. Pero en todas las ventanas de esta casa había una resplandeciente claridad amarilla, rectangular y cálida en la fría oscuridad.

-Mi casa -dijo Leonard Mead.

Nadie le respondió.

El coche corrió por los cauces secos de las calles, alejándose, dejando atrás las calles desiertas con las aceras desiertas, sin escucharse ningún otro sonido, ni hubo ningún otro movimiento en todo el resto de la helada noche de noviembre.

El Gran Incendio

La mañana en que empezó el gran incendio, nadie en la casa pudo apagarlo. Fue la sobrina de mamá, Marianne, que vivía con nosotros mientras sus padres viajaban por Europa, quien estaba envuelta en llamas. Así que nadie pudo romper la ventanita de la caja roja y apretar el botón que traería las mangueras de grandes chorros y los bomberos sombrerudos. Marianne bajó las escaleras ardiendo como celofán, y se dejó caer con un grito o un gemido en una silla, ante la mesa del desayuno, y no comió ni siquiera para rellenar la cavidad de una muela.

Mamá y papá se apartaron. Había demasiado calor en la sala.

-Buenos días, Marianne.

-¿Qué? -Marianne miraba a lo lejos y hablaba vagamente-. Oh, buenos días.

-¿Dormiste bien anoche, Marianne?

Pero sabían que ella no había dormido. Mamá le dio a Marianne un vaso de agua y todos se preguntaron si no se le evaporaría en la mano. La abuela observó los ojos febriles de Marianne.

-Estás enferma, pero no se trata de un microbio –dijo-, Ningún microscopio ha podido descubrirlo.

-¿Qué? -dijo Marianne.

-El amor es padrino de la estupidez -dijo papá desinteresadamente.

-Ya se le pasará -le dijo mamá a papá-. Cuando las muchachas están enamoradas parecen estúpidas sólo porque no pueden oír.

-Afecta los canales semicirculares -agregó papá-, haciendo caer a las muchachas en brazos de un hombre. Ya sé. Una vez casi muero aplastado por una mujer que se me cayó encima, y permíteme decir que...

-Calla.

Mamá frunció el ceño, mirando a Mariarme.

-No nos oye. Pasa por un estado cataléptico.

-Él viene esta mañana a buscarla -le susurró mamá a papá, como si Marianne ni siquiera estuviera en el cuarto-. Van a dar un paseo en su coche.

Papá se tocó la boca con una servilleta.

-¿Nuestra hija era así? -preguntó-. Se casó hace tanto tiempo que me he olvidado. No recuerdo que fuera tan alocada. Uno nunca entiende que las muchachas no tienen una pizca de buen sentido en esta época. Eso es lo que pierde a un hombre. Uno se dice: Oh, qué encantadora muchacha sin sesos, me quiere, creo que me casaré con ella. Se casa con ella y, una mañana se despierta y descubre que la muchacha ha dejado de soñar y que ha recobrado la inteligencia y está colgando adornitos por toda la casa. Uno empieza a tropezar con cuerdas y alambres. Cree encontrarse en una isla desierta, un pequeño vestíbulo en medio del universo, con un panal que se ha transformado en trampa para osos, una mariposa metamorfoseada en avispa. Entonces inmediatemente, busca algún hobby: una colección de sellos, reuniones de club, o...

-¿Cómo has aguantado tú? -exclamó mamá-. Marianne, háblanos de ese joven. ¿Cómo se llama? y, ¿Isak Van Pelt?

-¿Qué? Oh... Isak, sí.

Marianne había estado agitándose en su cama toda la noche, a veces hojeando rápidamente libros de poesía y descubriendo versos increíbles, a veces descansando de espaldas, otras boca abajo contemplando un paisaje de sueño a la luz de la luna. El aroma del

jazmín había acariciado el cuarto toda la noche, y el calor excesivo de la primavera temprana (en el termómetro se leía veintidós grados) la había mantenido despierta. A alguien que hubiese mirando por el ojo de la cerradura le habría parecido una polilla agonizante.

Aquella mañana había golpeado las manos por encima de la cabeza ante el espejo y había bajado a desayunar advirtiendo justo a tiempo que no se había puesto el vestido.

Abuela se reía quedamente todo el desayuno. Al fin dijo:

-Tienes que comer, hija, tienes que comer.

Así que Marianne jugó con su tostada y logró tragar medio pedazo. Justo entonces se oyó afuera una aguda bocina. i1sak! ¡Es su coche! ,

-¡Juuu! -gritó Marianne, y corrió escaleras arriba.

Se hizo pasar al joven Isak Van Pelt y fue presentado a todos.

Cuando Marianne se fue al fin, papá se sentó, enJugándose la frente.

-No sé. Esto es demasiado.

-Fuiste tú quien sugirió que debería empezar a salir -dijo mamá.

-Lamento haberlo sugerido -dijo él-. Pero ya lleva con nosotros seis meses y aún le faltan otros seis. Pensé que si conocía a algún joven simpático...

-Y si se casaban -dijo la abuela secamente-, Marianne se mudarla casi en seguida, ¿no es así?

-Bueno... -dijo papá.

-Bueno... -dijo la abuela.

-Pero ahora es peor que antes -dijo papá-. Va de un lado a otro cantando con los ojos cerrados, poniendo esos infernales discos de amor, y hablándose a sí misma. ¿Cuánto puede aguantar un hombre? Además se de todo el día. ¿Hay muchachas de dieciocho en los manicomios?

-El muchacho parece simpático.

-SI, podemos guardar esa esperanza -dijo papá bebiendo de un vaso-, un matrimonio temprano.

A la mañana siguiente, Marianne salió de la casa como una bola de fuego tan pronto como oyó la bocina. El joven no tuvo tiempo ni siquiera de llegar a la puerta. Sólo la abuela vio cómo se alejaban rugiendo, desde la ventana del vestíbulo.

-Casi me tira al suelo. -Papá se frotó el bigote-., ¿Qué es esto? ¿Huevos duros? Bueno.

A la tarde, Marianne, otra vez en casa, flotó por la sala hasta los discos de fonógrafo. El siseo de la aguja llenó la casa. Marianne tocó Aquella vieja magia negra veintidós veces, cantando -la, la, la- mientras nadaba por la sala.

_Me parece que tendré que encerrarme en mi cuarto -dijo papá-. Me retiré de los negocios para fumar cigarros y gozar de la vida, no para aguantar a una parienta que canta bajo la lámpara.

-Calla -dijo mamá.

-Es un momento de crisis en mi vida -anunció papá-. Al fin, ella es sólo una visita.

-Ya sabes cómo son las muchachas cuando están en otra casa. Creen que están en París. Se irá en octubre. No es tan terrible.

-Veamos -dijo papá-. Por ese entonces estaré encerrado desde hace ciento treinta días en el cementerio de Green Lawn. -Se incorporó y dejó caer el periódico al piso, como una pequeña tienda-. ¡Hablaré con ella ahora mismo!

Fue hasta la puerta del vestíbulo y se quedó allí mirando a la valseante Marianne.

-La... -cantaba ella.

-Marianne -dijo papá.

-Aquella vieja magia negra... -cantó Marianne-. ¿Sí?

Papá miró cómo las manos de Marianne se movían en el aire. Marianne pasó junto a él y le lanzó una mirada ardiente.

Papá se arregló la corbata.

-Quiero hablar contigo.

-Da dum di dum dum di dum di dum dum... -cantó ella.

-¿Me oyes? -preguntó él.

-Es tan simpático... -dijo ella.

-Evidentemente.

-¿Sabes?, se inclina y abre las puertas como un portero y toca la trompeta como Harry James y me trajo margaritas esta mañana.

-No lo dudo.

-Tiene los ojos azules.

Marianne miró el cielo raso.

Papá no descubrió nada de interés allá arriba.

Ella seguía mirando el cielo raso mientras bailaba, y papá se acercó y se detuvo a su lado mirando hacia arriba, pero no había allí ni una mancha de humedad ni una grieta.

-Marianne -suspiró.

-Y comimos langosta en el café junto al río.

-Langosta. Sí, pero no queremos que caigas enferma, que te debilites. Un día, mañana, debes quedarte en casa y ayudar un poco a tu tía con los manteles...

-Sí, señor.

Marianne soñó por el cuarto con las alas abiertas. -¿Me has oído? -preguntó papá.

-Sí -murmuró ella-. Sí. -Cerró los ojos-. Oh sí, sí. -La falda giró zumbando-. Tío -dijo con la cabeza echada hacia atrás.

-¿La ayudarás a tu tía con los manteles? -exclamó papá.

-... con los manteles -murmuró Marianne.

-¡Bueno! -Papá se sentó en la cocina, recogiendo el periódico-. ¡Me parece que se lo dije!

Pero a la mañana siguiente estaba aún sentado en el borde de la cama cuando oyó el trueno del destartalado automóvil y a Marianne que se precipitaba escaleras abajo, se detenía dos segundos en el comedor a desayunar, titubeaba junto al cuarto de baño y cerraba de un portazo la puerta de la calle. Luego el ruido del viejo coche que iba a los tumbos calle abajo con dos personas que cantaban desgañitándose.

Papá se llevó las manos a la cabeza.

-Manteles -dijo.

-¿Qué? -dijo mamá.

-Almacenes -dijo papá-. Haré una visita a los almacenes de Dooley.

-Pero Dooley no abre hasta las diez.

-Esperaré -decidió papá con los ojos cerrados.

Aquella noche y siete otras endiabladas noches la hamaca del porche cantó una chirriante canción, hacia adelante y hacia atrás, hacia adelante y hacia atrás. Papá, oculto en el vestíbulo, aparecía en un terrible relieve cada vez que chupaba su cigarro de diez centavos y la luz cereza le iluminaba la cara inmensamente trágica. La hamaca del porche crujió. Papá

esperó otro crujido. Oyó unos suaves sonidos de alas de mariposa, las leves palpitaciones de una risa y unas dulces naderías en menudas orejas.

-Mi porche -dijo papá-. Mi hamaca -le susurró a su cigarro, mirándolo-. Mi casa. -Esperó otro crujido-. Mi Dios -dijo.

Fue al armario de las herramientas y apareció en el porche oscuro con una brillante lata de aceite.

-No, no se levanten. No se molesten. Aquí.... aquí.

Aceitó los goznes de la hamaca. La noche era oscura. No podía ver a Marianne; podía olerla. El perfume casi lo hizo caer entre los rosales. No podía ver tampoco a su joven amigo.

-Buenas noches -dijo.

Entró y se sentó y no se oyeron más crujidos. Ahora sólo se oía algo parecido al aleteo de polilla del corazón de Marianne.

-Debe de ser muy simpático -dijo mamá en la puerta de la cocina, secando una fuente de la cena.

-Eso espero -murmuró papá-. ¡Por eso les dejo el porche todas las noches!

-Tantos días seguidos... -dijo mamá-. Una muchacha no sale con un festejante tantas veces si no es un joven serio.

-¡Quizá le proponga matrimonio esta noche! -fue el feliz pensamiento de papá.

-Difícil tan pronto. Y ella es tan joven...

-Aun así -rumió papá-, puede ocurrir. Tiene que ocurrir, por todos los diablos.

Abuela se rió entre dientes desde su mecedora en el rincón. Parecía como si alguien volviera las páginas de un viejo libro.

_¿Qué es tan divertido? -dijo papá.

-Esperas y verás -dijo la abuela-. Mañana.

Papá miró fijamente las sombras, pero la abuela no dijo más.

-Bueno, bueno -dijo papá a la hora del desayuno. Contempló los huevos con una mirada bondadosa y paternal-. Bueno, bueno, señor; anoche, en el porche, hubo más murmullos. ¿Cómo se llama el joven? ¿Isak? Bueno, si no he juzgado mal, creo que le propondrá matrimonio esta noche, sí, ¡estoy seguro!

_Sería hermoso -dijo mamá.- Una boda en primavera. Pero es tan pronto...

-Mira -dijo papá con una lógica de boca llena-, Maríanne es una de esas chicas que se casan rápido y jóvenes. No podemos interponemos en su camino, ¿no es así?

-Por una vez creo que tienes razón -dijo mamá-. La boda sería hermosa. Flores primaverales y Marianne muy bonita con ese vestido que vi la semana pasada en Haydecker.

Los dos miraron ansiosamente las escaleras, esperando que apareciese Marianne.

-Perdón -roncó la abuela alzando los ojos de su tostada-, pero si yo fuera vosotros no hablaría de librarnos de Marianne.

-¿Y por qué no?

-Hay razones.

-¿Qué razones?

-Lamento estropearos los planes -crujió la abuela, con una risita. Sacudió la cabecita avinagrada-. Pero mientras vosotros planeabais casar a Marianne, yo estuve observándola. Desde hace siete días he estado mirando a ese joven que viene todos los días en su coche y hace sonar la bocina. Debe de ser un actor o un transformista o algo parecido.

-¿Qué? -preguntó papá.

-Sí -dijo la abuela-. Pues un día era un joven rubio, y el siguiente un joven alto y moreno, y el miércoles un muchacho de bigote castaño, y el jueves era pelirrojo, y el viernes, más bajo, con un Chevrolet en vez de un Ford.

Durante un minuto pareció como si a mamá papá les hubiesen dado un martillazo justo detrás d la oreja izquierda.

Al fin papá gritó, con el rostro ence

-¡Y te atreves a decirlo! Y tú ahí, mujer, dices; todos esos hombres, y tú...

-Vosotros os escondíais siempre -soltó la abuela-, Dará no estropear las cosas. Si hubierais salido de vuestro escondite habríais visto lo mismo que yo. Nunca dije una palabra. Toda mujer pasa por eso. Es duro, pero pueden sobrevivir. ¡Un hombre nuevo todos los días hace maravillas en el ego de una muchacha!

-Tú, tú, tú, tú, ¡tú!

Papá se atragantó, con los ojos muy abiertos, el cuello demasiado grande para su camisa. Cayó de su silla, exhausto. Mamá no se movía, perpleja.

-¡Buenos días a todos!

Marianne corrió escaleras abajo y se desplomó en una silla. Papá la miró fijamente.

-Tú, tú, tú, tú, tú -acusó a la abuela.

«Correré por la calle gritando -pensó papá desatinadamente- y romperé la ventanita de alarma de incendios y moveré la palanca y haré venir las bombas y las mangueras. 0 quizá se desencadene una tormenta de nieve tardía y pueda dejar a Marianne afuera para que se enfríe.»

No hizo ni una cosa ni otra. Como el calor del cuarto era excesivo, de acuerdo con el calendario de la pared, todos salieron al porche fresco mientras Marianne se quedaba mirando su jugo de naranja.

Las Doradas Manzanas Del Sol

-Al sur -dijo el capitán.

-Pero -dijo la tripulación- no hay direcciones aquí en el espacio.

-Cuando uno viaja hacia el sol -replicó el capitán-, y todo se hace amarillo y ardiente y perezoso, entonces uno va en una única dirección.

Cerró los ojos y pensó en las tierras lejanas, cálidas y humeantes, y el aliento se le movió suavemente en la boca.

-Al sur. -Asintió levemente con un movimiento de cabeza-. Al sur.

El cohete era el *Copa de Oro*, llamado también el *Prometeo* y el *Ícaro*, y su destino era el deslumbrante sol del mediodía. Había cargado dos mil limonadas y mil botellas de cerveza para este viaje al vasto Sahara. Y ahora que el sol hervía ante ellos recordaron una serie de citas.

-¿Las doradas manzanas del sol?

-Yeats.

-¿No temas más el calor del sol?

-¡Shakespeare, por supuesto!

-¿La taza de oro? Steinbeck. *¿La olla de oro?* Stephens. ¿Y el pote de oro al pie del arco iris? ¡Un nombre para nuestra trayectoria! ¡Arco iris!

-¿Temperatura?

-¡Mil grados centígrados!

El capitán miró por la ancha y oscura ventanilla, y allí ciertamente estaba el sol, e ir hacia él y tocarlo y robarle una parte para siempre era su única y tranquila idea. La nave combinaba lo frescamente delicado y lo fríamente práctico. En los corredores de hielo y escarcha, soplaban vientos de amoníaco y tormentosos copos de nieve. Cualquier chispa del vasto horno que ardía más allá del duro casco de la nave, cualquier hálito de fuego encontraría el invierno, dormitando aquí, como las más frías horas de febrero.

El audio-termómetro murmuró en el silencio ártico:

-Temperatura: ¡dos mil grados!

«Caemos -pensó el capitán- como un copo de nieve en el regazo de junio, el cálido julio y los sofocantes y secos días de agosto.»

-¡Tres mil grados centígrados!

Los motores se apresuraron bajo campos de nieve, los refrigerantes corrieron a diez mil kilómetros por hora por las bocas de las serpentinas.

-Cuatro mil grados centígrados.

Mediodía. Verano. Julio.

-¡Cinco mil grados!

Y al fin el capitán habló con toda la serenidad del viaje en su voz:

-Ahora estamos tocando el sol.

Los ojos del capitán eran de oro fundido.

-¡Siete mil grados!

¡Cómo un termómetro mecánico podía parecer excitado, aunque sólo tuviera una voz de acero, sin emoción!

-¿Qué hora es? -preguntó alguien.

Todos tuvieron que reírse.

Pues ahora sólo era el sol y el sol y el sol. El sol era todos los horizontes, todas las direcciones. Quemaba los minutos, los segundos, los relojes de arena, los relojes mecánicos; quemaba el tiempo y la eternidad. Quemaba las pestañas y el suero del mundo oscuro detrás de los párpados, la retina, el oculto cerebro, y quemaba el sueño y los dulces recuerdos del sueño y la frescura del anochecer.

-¡Cuidado!

-¡Capitán!

Bretton, el primer piloto, cayó boca abajo en la cubierta. Su traje protector estalló y silbó, y su temperatura, su oxígeno y su vida asomaron abriéndose como un capullo de vapor escarchado.

-¡De prisa!

En el interior de la careta plástica de Bretton, unos lechosos cristales se habían depositado ya formando ciegas figuras. Se inclinaron a mirar.

-Un defecto en el traje, capitán. Muerto.

-Helado.

Miraron el otro termómetro que mostraba cómo vivía el invierno en aquel barco de nieves. Mil grados bajo cero. El capitán observó la estatua de escarcha y los centelleantes cristales que se formaban sobre el cuerpo. Una ironía de la más fría especie, pensó; un hombre que teme el fuego y que muere por la escarcha.

Se volvió.

-No hay tiempo. No hay tiempo. Déjenlo ahí. -Sintió que se le movía la lengua-. ¿Temperatura?

Las agujas saltaron cuatro mil grados.

-Mire. ¿Quiere mirar? Mire.

El hielo de la nave se hundía.

El capitán torció la cabeza para mirar el cielo raso.

Como si una cámara cinematográfica hubiese proyectado en el interior de su cabeza un único y claro recuerdo, descubrió que la mente se le había detenido de un modo ridículo, en una escena arrancada de la infancia.

En una mañana de primavera se había asomado a la ventana de su dormitorio, al aire que olía a nieve, para ver el centelleo del sol en el último carámbano del invierno. Una gota de vino blanco, la sangre del fresco pero tibio abril cayó de la clara hoja de cristal. Minuto a minuto, el arma de diciembre era menos peligrosa. Y luego el hielo se precipitó con el sonido de una campanilla en el sendero de grava.

-La bomba auxiliar se ha roto, señor. La de refrigeración. ¡Perdemos el hielo!

Una lluvia cálida cayó sobre ellos. El capitán torció la cabeza a la derecha y a la izquierda.

-¿No pueden descubrir la falla? ¡Cristo, no se queden ahí, no tenemos tiempo!

Los hombres se apresuraron. El capitán se inclinó en la lluvia tibia, maldiciendo, sintió que sus manos corrían por la fría máquina, sintió que palpaban y buscaban, y mientras trabajaba vio un futuro que les quitaban con un simple soplo. Vio que la piel se desprendía de la colmena del cohete, y que los hombres así descubiertos, corrían, corrían, las bocas abiertas, chillando, sin sonidos. El espacio era un negro pozo musgoso donde la vida ahogaba sus rugidos y terrores. Uno podía iniciar un gran grito, pero el espacio lo apagaba antes que llegase a la garganta. Los hombres se escabullían, como hormigas en una caja de cerillas en llamas; el barco era lava chorreante, borbotones de vapor, ¡nada!

-¿Capitán?

La pesadilla se desvaneció.

-Aquí. -El capitán trabajaba en la suave lluvia cálida que caía desde las cubiertas superiores. Buscó a tientas la bomba auxiliar-. ¡Maldita sea! -Tiró de la línea de alimentación.

Cuando llegara, sería la muerte más rápida en la historia de las agonías. En un momento, un aullido, en seguida, un ardiente resplandor, el billón de billones de toneladas de espacio-fuego suspiraría y nadie lo oiría en el espacio. Caerían como cerezas en un horno. Aun sus pensamientos estarían en el aire calcinado cuando sus cuerpos ya no fuesen más que carbones y gas fluorescente.

-¡Maldición! -Golpeó con un destornillador la bomba auxiliar-. ¡Jesús!

Se estremeció. Cerró los ojos, apretando los dientes. Dios, pensó, estamos hechos para muertes más lentas, que se miden en minutos y horas. Aun veinte segundos serían algo bastante lento comparado con esta cosa hambrienta e idiota que quiere devorarnos.

-Capitán, ¿seguimos navegando o nos detenemos aquí?

-Tenga lista la *Copa*. Ya me encargaré cuando termine con esto. ¡Ahora!

Se volvió y extendió la mano hacia los mecanismos de la gran *Copa*; metió los dedos en el guante robot. Una leve torsión de su mano aquí movía allá una gigantesca mano, con gigantescos dedos metálicos, en las entrañas de la nave. Ahora, ahora, la enorme mano metálica sostenía la vasta *Copa de Oro*, sin aliento, en el alto horno, el cuerpo incorpóreo y la carne descarnada del sol.

Un millón de años atrás, pensó el capitán, rápidamente, rápidamente, mientras movía la mano y la *Copa*, un millón de años atrás un hombre desnudo en una solitaria senda norteña vio un rayo que hería un árbol. Su clan huyó, pero él con las manos desnudas recogió una rama ardiente, quemándose la carne de los dedos, y la llevó, corriendo, triunfante, amparándola de la lluvia con el cuerpo, hasta su caverna. Allí gritó una carcajada y arrojó la llama a un montón de hojas secas y le dio a su gente el verano. Y la tribu se acercó al fin, arrastrándose, al fuego, y extendió las manos vacilantes y sintió la nueva estación en la caverna, aquella mancha amarilla que cambiaba el clima, y ellos también, al fin, sonrieron nerviosamente. Y recibieron el don del fuego.

-¡Capitán!

La enorme mano tardó cuatro segundos en llevar la *Copa* vacía al fuego. Así que aquí estamos otra vez, hoy, en otro camino, pensó el capitán, en busca de una preciosa copa de gas y vacío, un puñado de fuego distinto para llevárnoslo luego a través del espacio frío, un fuego que nos iluminará el camino, un don que entregaremos a la Tierra, donde arderá siempre. ¿Por qué?

Supo la respuesta antes de preguntárselo.

Porque los átomos que trabajamos con nuestras manos en la Tierra, son lastimosos; la bomba atómica es lastimosa y pequeña, y nuestro conocimiento, lastimoso y pequeño, y sólo el sol sabe realmente lo que queremos saber, y sólo el sol conoce el secreto. Y además, es divertido, es un juego, es excitante venir aquí y jugar a cara o cruz, y tirar y correr. No hay motivo realmente, excepto el orgullo y la vanidad del menudo insecto que es el hombre, que espera picar al león y escapar al zarpazo. ¡Dios mío, diremos, lo hicimos! Y aquí está nuestra copa de energía, fuego, vibración, llámenlo como quieran, que animará nuestras ciudades e impulsará nuestros barcos e iluminará nuestras bibliotecas y tostará a nuestros niños y horneará nuestro pan de todos los días y hará hervir a fuego lento el conocimiento del Universo durante mil años hasta que esté bien cocido. Hombres de la ciencia y la religión, venid, ¡bebed de esta copa! Calentaos contra la noche de la ignorancia, las largas nieves de la superstición, los fríos vientos del escepticismo y el gran temor a la oscuridad que se alberga en el corazón de todo hombre. Extendamos la mano con la copa del mendigo...

-Ah.

La *Copa* se hundió en el sol. Recogió un poco de la carne de Dios, la sangre del Universo, el pensamiento deslumbrante, la cegadora filosofía que habría amamantado a una

galaxia, que guiaba y llevaba a los planetas por sus campos y emplazaba o acallaba vidas y subsistencias.

-Ahora, *despacio* -murmuró el capitán.

-¿Qué pasará cuando la traigamos adentro? Ese calor extra ahora, en este momento, capitán...

-Dios sabe.

-La bomba auxiliar está reparada, señor.

-¡Pónganla en marcha!

La bomba dio un salto.

-Cierren la tapa de la *Copa* y tráiganla, despacio, despacio.

La hermosa nave fuera de la nave se estremeció, una tremenda imagen del ademán del capitán entró en un silencio aceitado en el cuerpo de la nave. De la *Copa*, tapada, gotearon flores amarillas y estrellas blancas. El audio-termómetro chilló. El sistema de refrigeración se sacudió; unos fluidos de amoníaco golpearon las paredes como sangre que golpease en la cabeza de un vociferante idiota.

El capitán cerró la puerta neumática.

-Ahora.

Esperaron. El pulso de la nave se apresuró. El corazón de la nave corrió, latió, corrió, con la *Copa de Oro* adentro. La sangre fría se precipitó alrededor arriba abajo, alrededor arriba abajo.

El capitán suspiró lentamente.

El hielo dejó de gotear desde el cielo raso. Se endureció otra vez.

-Salgamos de aquí.

La nave giró y escapó.

-¡Escuchad!

El corazón de la nave latía más lentamente, más lentamente. Las agujas bajaron, chirriando sobre sus ejes invisibles. La voz del termómetro cantó al cambio de las estaciones. Todos pensaban juntos ahora: Alejémonos más y más del fuego y las llamas, el calor y los metales fundidos, el amarillo y el blanco. Vayamos a la frescura y la oscuridad. Dentro de veinticuatro horas quizás hasta podrían desmantelar algunos refrigeradores, dejar que muriese el invierno. Pronto navegarían en una noche tan fría que sería necesario recurrir al nuevo horno de la nave, sacar calor del fuego abroquelado que llevaban como un niño que aún no ha nacido.

Volvían a sus casas.

Librodot

Volvían a sus casas, y el capitán tuvo tiempo entonces, mientras atendía el cuerpo de Bretton, que yacía en una playa de blanca nieve invernal, de recordar un poema que él mismo había escrito muchos años antes:

A veces el sol es un árbol en llamas,
su fruto dorado brilla en el aire tenue,
en sus manzanas habitan la gravedad y el hombre,
el hálito de su culto crece y se extiende
cuando el hombre ve el sol como un árbol en llamas...

El capitán se quedó un rato junto al cuerpo, sintiendo muchas cosas distintas. «Me siento triste –pensó- y me siento bien, y me siento como un niño que vuelve de la escuela a su casa con ramo de dientes de león.»

-Bueno -dijo, con los ojos cerrados, suspirando-. Bueno, ¿a dónde iremos ahora, eh, a dónde vamos? -Sintió que sus hombres, sentados o de pie, lo rodeaban, el terror muerto en sus rostros, respirando tranquilamente-. Cuando uno ha hecho un largo, largo viaje hasta el sol, y lo ha tocado y se ha demorado, y ha saltado a su alrededor, y se ha alejado rápidamente, ¿a dónde va uno entonces? Cuando uno se aleja del calor y la luz del mediodía y la pereza, ¿a dónde va?

Sus hombres esperaron a que lo dijera. Esperaron a que él reuniese en su mente toda la frescura y la blancura y el clima refrescante y bienvenido de la palabra, y vieron cómo movía la palabra en la boca, suavemente, como un trozo de crema helada.

-Hay sólo una dirección en el espacio desde aquí -dijo al fin.

Los hombres esperaron. Esperaron mientras la nave se hundía rápidamente en la fría oscuridad, alejándose de la luz.

-El norte -murmuró el capitán-. El norte.

Y todos sonrieron, como si un viento se hubiese alzado de pronto en una tarde calurosa.